

Riquezas inescrutables

Bajo la inspiración de la reconocida frase usada por el apóstol Pablo en Efesios, *“el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”*, en los retiros anuales de iglesias en Chile, tanto en la zona norte como en el sur, fuimos abrevados por el Espíritu del Señor a través de la exposición de la palabra que diez siervos nos impartieron.

En la presente edición incluimos cinco de aquellos mensajes y, esperando en la gracia de nuestro Dios y Padre, publicaremos otros cinco mensajes en nuestra próxima edición.

Durante el desarrollo de estas jornadas, en enero de 2019, el ambiente espiritual fue muy propicio para sentarnos a los pies del Maestro, un tiempo hermoso que el Señor, que habita en medio de su pueblo, nos concede para estar juntos como iglesia, como familia y como siervos que acudimos a él con el corazón dispuesto.

El lenguaje superlativo es utilizado con frecuencia por Pablo, por cuanto las verdades a ser expuestas superan con creces la humana capacidad del lenguaje. También nos ayuda a reconocer que, todo cuanto podamos expresar o comprender, no es más que un atisbo de aquello que esperamos disfrutar en plenitud cuando nos encontremos junto a Quien se vació y se humilló a sí mismo para darnos tan preciosa salvación.

Ante la tarea que se nos ha encomendado, iremos andando y sembrando, muchas veces con lágrimas, pero muy conscientes de la calidad de la semilla, que brotará para salvación en los corazones sensibles a la voz de Dios.

Revisando una realidad espiritual que el lenguaje humano no alcanza a describir.



Las riquezas del Evangelio

Álvaro Astete

“

A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”.

– Efesios 3:8.

El lenguaje de Pablo

El significado de este mensaje es de una envergadura tal que no alcanzamos a dimensionar. Cuando el apóstol Pablo escribe esta carta, usa varias expresiones superlativas, que hablan de una grandeza superior, algo que el lenguaje humano no alcanza a expresar. Una palabra no es suficiente para encerrar todo el significado de esa realidad espiritual.

En muchas ocasiones, el apóstol reúne dos conceptos para aludir a esta grandeza indescriptible por el lenguaje humano. Esto es de una tremenda ayuda para nosotros. Por ejemplo, esta misma frase, «*las inescrutables riquezas de Cristo*», es un superlativo que Pablo usa para describir las riquezas del evangelio.

Otra expresión que también usa en la carta a los efesios es «*las abundantes riquezas de su*

gracia». Es la misma idea. No es suficiente decir «las riquezas de su gracia», o «la abundancia de su gracia». Porque realmente el evangelio que tenemos en nuestras manos y en el cual hemos creído no es algo de poca valía; es el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.

Pablo y su ministerio

Antes de ahondar en esta idea de las inescrutables riquezas de Cristo, revisaremos lo que Pablo dice de sí mismo sobre este ministerio que le fue dado. Por ejemplo, en Efesios 1:1, Pablo se señala a sí mismo como «*Pablo, apóstol de Jesucristo*». Más adelante, en la misma carta, él se define de otro modo. «*Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles*» (Ef. 3:1). No solo un apóstol, sino también un prisionero de Cristo.

Noten lo interesante de esa expresión. Él escribe esta carta desde la cárcel. Pero miren cómo Pablo se ve en estas circunstancias adversas. Por sobre todo lo que está viviendo, hay una realidad espiritual mucho mayor: él no es prisionero de Roma, sino prisionero de Cristo Jesús.

Que este sentir también esté en todos nosotros. No somos prisioneros ni de la realidad ni de los problemas que hoy tengamos. Muchos de los

conflictos que hoy vivimos son dados por la providencia de Dios para enseñarnos, para alentarnos, para disciplinarnos o corregirnos. Más allá de las circunstancias, vivimos en una realidad espiritual que es mucho mayor.

Pablo se define también como «*ministro*» del evangelio (v. 7). La palabra ministro aquí, es diácono. Un diácono es alguien que está al servicio de otros. Él no vela por sí mismo, sino por los intereses de los demás. Pablo deja muy claro que él es un diácono al servicio del evangelio de Jesucristo.

Y la última expresión está en Efesios 6:19-20, donde Pablo declara: «*...a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con desnudo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas*». «Pablo, apóstol de Jesucristo ... prisionero de Cristo ... ministro ... embajador en cadenas». ¡Qué forma de definirse a sí mismo! Lamentablemente hoy, en algunos ambientes cristianos, son usados estos nombres, como apóstol o ministro, con el carácter de títulos nobiliarios. ¡Qué distorsión!

Cuando Pablo hablaba de esto, no era para ponerse en un sitial alto, sino para recordarse a sí mismo

quién era él en relación a este glorioso evangelio. Lo que nos fue confiado a nosotros, lo que tenemos en nuestro corazón, no es algo menor. No es simple filosofía ni un conjunto de creencias sobre algo o sobre alguien. Lo que nos fue encomendado es el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.

El evangelio es Cristo mismo. Cristo es el evangelio, él es las riquezas de Dios. Por lo tanto, conviene que veamos bien cuál es nuestra posición frente a este evangelio; en primera instancia, en función de aquellos que lo predicán, pero también para todos nosotros, porque todos hemos sido llamados a anunciar este evangelio glorioso.

Damos gracias al Señor, porque él, en su sabiduría, quiso confiarnos a nosotros –hombres y mujeres frágiles, llenos de imperfecciones– las riquezas de su evangelio.

El solo hecho de pensar esto debería conmover nuestro corazón. ¿Quiénes somos nosotros, para que el Señor nos haya hecho depositarios de estas riquezas incalculables? Deberíamos humillarnos ante su presencia, porque no hay ninguna lógica humana en que tú y yo hayamos sido elegidos para esto, pero Dios lo quiso así.

El perfil de un siervo

Ser apóstol, ser ministro, ser prisionero de Cristo, ser embajador en cadenas, son cuatro expresiones que tienen un significado común. Este es la palabra *siervo*. Un siervo es un esclavo, y esta condición demanda cumplir un solo requisito: la obediencia. Un siervo debe ser obediente.

Si un siervo toma decisiones según su propio parecer, deja de ser un siervo. Jesús, en los días de su carne, tuvo la posibilidad de tomar una vía paralela a la que el Padre había señalado. Recordémosle en el monte de la transfiguración, hablando con Moisés y con Elías acerca de «*su partida*» (Luc. 9:31). En esa hora, él pudo haber ascendido a los cielos. O cuando dijo: «*Padre, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú*» (Mat. 26:39).

Si Jesús hubiese tomado un camino paralelo, decidiendo por sí mismo, habría dejado de ser el Siervo de Dios. Pero él no tomó ninguna decisión por su propia cuenta, pudiendo haberlo hecho. Antes bien, él hizo todo lo que el Padre le señaló. Esta es la señal de un siervo.

Nosotros somos siervos de Dios. Por lo tanto, el rasgo que debería primar

en nosotros es este mismo: la obediencia – la obediencia al Señor y a su glorioso evangelio. Que el Señor nos socorra en esto, para que podamos anunciar el evangelio glorioso en esta calidad de siervos suyos.

En Romanos 15:15-16, Pablo explica lo que él concibe como este ministerio que le fue dado: *«Mas os he escrito, hermanos, en parte con atrevimiento, como para haceros recordar, por la gracia que de Dios me es dada para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios, para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo»*.

Quiero dejar una idea en sus corazones, que puede ser de mucha ayuda para entender el ministerio desde esta mirada.

El hermano Raymond Calkins escribió un libro llamado *El Romance del Ministerio* (1947). Al hablar de Romanos 15:15-16, él dice que, de seguro, lo que Pablo tenía en mente allí era la figura del sacerdote oficiando el sacrificio, con la daga en la mano, dando los cortes precisos para que aquella ofrenda fuese agradable a Dios.

Nosotros, como ministros del Señor, y en especial ministros de la palabra, no podemos tomar este asunto

a la ligera. Cada vez que predicamos este evangelio glorioso, en el fondo, también este es un sacrificio que debe ser agradable a Dios. Y para eso, tenemos que saber usar bien la palabra de verdad.

Riquezas inescrutables

Volvamos a la cita inicial. Cuando Pablo habla de las inescrutables riquezas de Cristo, de alguna forma, él está diciendo con toda claridad en qué consiste el evangelio. La temática es «las inescrutables riquezas de Cristo». Esto puede parecer obvio. Pero, ¿por qué lo decimos así? Porque el evangelio no podemos mezclarlo con otros temas, porque al hablar así estaríamos diciendo que el evangelio no es suficiente.

La palabra «inescrutables» habla de un evangelio que no alcanzamos a comprender en su totalidad. Es un depósito profundo que no tiene límite. Que el Señor nos ayude a entenderlo. Esto debería también darnos confianza plena en el Señor porque, si el evangelio habla de riquezas inescrutables, entonces, sin duda, en él hallaremos todo lo que necesitamos.

El evangelio es suficiente. Todas las respuestas a todas las interrogantes del hombre están en el evangelio – en Cristo mismo. Por lo tanto, ahon-

dar en este tema y tratar de buscar en estas profundidades, es algo que debería estar siempre en nuestro corazón. Leer las Escrituras, inquirir en ellas, investigar lo que el Señor nos quiere decir, es algo que tienen que hacer no solo quienes predicán la palabra, sino todos nosotros, porque allí están las riquezas inescrutables del Señor.

La sabiduría divina

Al hablar de estas riquezas, podemos decir: ¿Por dónde comenzar? Hay un versículo que nos ayudará a entender de manera general en qué consisten estas riquezas inescrutables. «*Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención*» (1 Cor. 1:30). Este pasaje es una respuesta, y también una ayuda.

No alcanzaremos a tratar estos cuatro puntos; solo veremos el primero de ellos. Una de las riquezas del evangelio es la sabiduría, y no cualquier tipo de sabiduría, sino la sabiduría de Dios. En los versículos 18 al 29, el apóstol Pablo expone claramente la oposición entre la sabiduría del mundo y la sabiduría divina. Y concluye diciendo en el versículo 30 que, en los creyentes, Dios ha hecho de Cristo nuestra sabiduría.

Es interesante esto, porque Pablo dice que antes éramos necios. Pero hoy podemos actuar como sabios; sabios, no en nuestra propia opinión, sino en la sabiduría que Dios nos ha dado en Cristo Jesús.

Buscando el significado de la palabra sabiduría, hay algunas acepciones interesantes. Una de ellas dice que sabiduría es seriedad y prudencia adecuada en la relación que establecemos con las personas que no son creyentes; es habilidad y discreción en transmitir la verdad cristiana. Cuando Cristo es nuestra sabiduría, esta sabiduría nos hace ser personas serias y prudentes en nuestra relación con los inconversos, habilitados para anunciar con discreción la verdad cristiana.

El mundo en el cual nos desenvolvemos es distinto al de ayer; por lo tanto, necesitamos ser sabios a la hora de poder entregar la preciosa verdad del evangelio. Y esta sabiduría no la hallaremos sino en Cristo, en la vida de Cristo en nosotros. Cristo haciendo las cosas en nosotros y por nosotros; él es la sabiduría de Dios.

En el sentir de entregar el evangelio de las inagotables riquezas de Cristo, Pablo dice que, para los griegos, la sabiduría de Dios es locura. Cuan-

do se les predicaba el evangelio, ellos no podían concebir, en su lógica, cómo alguien podía ser el Salvador del mundo, si había muerto de manera tan ignominiosa, como un maldito. Eso no calza en la lógica humana. Para los griegos, para los gentiles y para los intelectuales de hoy, es una locura; pero para nosotros es sabiduría y poder de Dios.

Esta sabiduría divina se expresa de una forma ilógica para el mundo, mas nosotros somos llamados a usar esta sabiduría de Dios en la predicación del evangelio.

Por ejemplo, cuando el Señor habló de llevar una carga no solo una milla, sino dos, ¿qué sentido tenía eso? Por ley, cualquier romano, en la calle, podía obligar a cualquier persona que no poseyese esta ciudadanía

hablar de este evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.

Un testimonio dramático

Días atrás leí un testimonio muy impactante en relación con lo que estamos diciendo.

Evangelina Booth, hija del fundador del Ejército de Salvación, iba pasando por las puertas de un juzgado, cuando vio venir una mujer, aparentemente muy peligrosa, esposada y custodiada por seis policías.

La joven se preguntó qué podría hacer por ella. ¿Podía orar? No había tiempo. ¿Cantar? Sería absurdo. ¿Darle dinero? Menos. Y entonces, cuando la prisionera pasaba a su lado, ella la besó en la mejilla. La mujer, asombrada, exclamó: «Dios mío, ¿quién me besó?».

Cristo haciendo las cosas en nosotros y por nosotros; él es la sabiduría de Dios.

a llevar su carga una milla. Pero Jesús les dice a sus discípulos que no solo deben cumplir esa ley, sino llevar la carga una milla más. ¿Por qué? Porque en esa segunda milla está la posibilidad para que realmente le muestres a Cristo a aquel hombre. Una milla era lo correcto, lo establecido; pero la otra era algo inesperado para aquél, la posibilidad de oír

Más tarde, Evangelina Booth fue a la cárcel y habló con la alcaide. Ésta le dijo: «Creemos que ha perdido la razón. No hace nada más que caminar en su celda, preguntándome cada vez que entro a su celda si sé quién la besó». «¿Me dejaría entrar y hablar con ella?», preguntó la hermana. «Yo soy su única y mejor amiga».

Al verla, la prisionera dijo: «¿Sabe usted quién me besó?». Y entonces le contó su historia. «Cuando yo era una niña de siete años, mi madre viuda murió, muy pobre, en la oscuridad de un sótano. Allí, muriendo, ella tomó mi cara en sus manos, me besó y me dijo: ¡Mi pobre hijita, mi hijita desamparada! ¡Oh Dios, ten piedad de mi hijita; y cuando ya no esté yo, protégela y cuidala! Desde ese día nadie jamás me dio un beso en la cara hasta hace poco». Entonces volvió a preguntar: «¿Sabe usted quién me besó?». Evangelina dijo: «Fui yo; pero no quiero hablar de mí, sino de Alguien que te besó en mi lugar».

Aquella mujer se convirtió a Cristo ese día. Y después, en la prisión, ella fue el medio de salvación para muchos otros que habían caído tan bajo como ella. ¿Cómo se inició aquello? ¿Fue una gran predicación la que ella oyó? Lo que a ella le tocó el corazón fue aquel beso en la mejilla.

¿Dónde está escrito todo lo que debemos hacer? ¿Hay alguna norma que nos diga que tenemos que hacer esto o aquello? ¿Hay alguna ley que describa la forma de entregar el evangelio? No. Aquello fue la expresión pura de la vida de Cristo en una creyente. Al pasar junto a la prisionera, esa vida de Cristo irrumpió

con poder, con gracia y con sabiduría. ¡Eso es sabiduría de Dios!

Dios es sabio, él sabe hacer todo de manera perfecta. Si tan solo nos abandonamos en los brazos del Señor, para que su vida fluya, ¡cuántos casos como éste y otros tendríamos como testimonio entre nosotros! El Señor nos socorra para desecharnos nuestros prejuicios y permitir que aflore la vida de Cristo.

El anhelo permanente de Pablo

En Filipenses 3:8-10, el apóstol Pablo tiene algunas frases de mucha importancia en relación a este evangelio glorioso. «*Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte*».

Esta riqueza del Señor que es su sabiduría la podemos obtener en Cristo, pero teniendo en consideración esto, que era un deseo permanente en el corazón de Pablo, y que nunca

abandonó en toda su vida. ¿Cuál es este deseo? «*Para ganar a Cristo ... y ser hallado en él ... a fin de conocerle*».

¿Qué está queriendo decir Pablo aquí? Para entenderlo bien, debemos considerar también que esta es una carta que él escribe no en el principio de su ministerio, sino casi al finalizar su vida. Pero, ¿cuál es el deseo que permanece en su corazón? ¿Qué es lo que más anhela en su vida? Ganar a Cristo, ser hallado en él, y conocerle. Parece paradójal cómo, el apóstol a los gentiles, a quien Dios le reveló cosas inefables que ningún ojo humano ha podido ver, al final de sus días, tiene el mismo anhelo que al principio.

Alguien podría pensar que Pablo ya conocía lo suficiente, ya sabía demasiado, tenía en su corazón y en su mente tanta revelación. Él podría haber dado gracias a Dios por la revelación recibida, y quedarse hasta allí. Pero no fue eso lo que él dijo; él continúa con el mismo deseo que al inicio.

Hay algo interesante que dice Pablo aquí. «*Ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida*». Noten esa expresión. Él no dice: «estimaba», sino «aun estimo». ¿Qué percepción del mundo tenía él? Era un

mundo en el cual no quería participar, era basura. Y al final de sus días, aún pensaba lo mismo.

Nuestra realidad hoy

A veces pienso que, conforme pasa el tiempo en nuestro caminar cristiano, nuestra percepción del mundo ha ido cambiando. No es como al principio. Cuando nos convertimos al Señor, hicimos una separación completa y absoluta. No queríamos nada del mundo; solo a Cristo. Por él, podíamos hacer cualquier sacrificio, porque lo amábamos de corazón. Él ocupaba el lugar principal en nuestra vida.

¿Qué ha pasado con nosotros? ¿Podemos decir como Pablo: «Aún estimo todo como pérdida, para ganar a Cristo»? ¿Es ese el deseo de nuestro corazón hoy, o el mundo nos ha persuadido de que no es tan malo y que nos podemos tomar licencias, pues la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado?

Tenemos este evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo en nuestras manos; el Señor nos ha dado esta gran responsabilidad. No es para jugar a ser cristianos. Necesitamos prepararnos, nutrirnos de la Palabra, para salir al mundo y hablar de este glorioso evangelio que hemos recibido. Que nosotros también

podamos decir: «Señor, aún estimo el mundo como basura, para conocerte a ti y ganarte a ti».

Alguien podría pensar: «Tenemos ya tantos años de retiros, estudios y conferencias; siempre lo mismo». Pero estamos hablando de las inescrutables riquezas de Cristo. No tenemos otro tema – solo Cristo. Por tanto, Cristo debe ocupar hoy, en nuestro corazón, el lugar que él tenía cuando recién lo recibimos.

¿Estamos dispuestos de todo corazón a perder las riquezas del mundo con tal de tener este único objetivo en nuestra vida? Porque conocer a Cristo, ser hallado en él y ganarlo a él, es conocer el evangelio de las riquezas insondables de Cristo.

Esto no es solo teología o doctrina – el evangelio es vida. El evangelio es Cristo mismo; él es nuestra sabiduría. El Señor nos socorra en esto, y continúe hablándonos al corazón con firmeza, para que podamos ser fieles ministros del Señor y de su evangelio glorioso.

Si un ministro terrenal, en el mundo, tiene bajo su administración millones de dólares, y es responsable de eso, tú y yo somos ministros que tenemos a nuestro cargo mucho más que eso. Tenemos la responsabilidad que Dios, en su gracia, quiso darnos. No nos preguntemos por qué, pero él quiso que tú y yo seamos administradores de estas inescrutables riquezas de Cristo.

¿Qué estamos haciendo hoy con estas riquezas? ¿Las conocemos? ¿Nos interesa de verdad conocerlas en profundidad? ¿Nos interesa tener con el Señor una comunión mayor de la que hoy tenemos, para comprender mejor estas riquezas y así poder dispensarlas a otros?

El Señor viene pronto. ¡Gloria al Señor! Que nuestro corazón sea conmovido, porque tendremos que dar cuenta ante él de lo que hemos hecho con estas inescrutables riquezas tuyas. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en El Trébol (Chile), en enero de 2019.

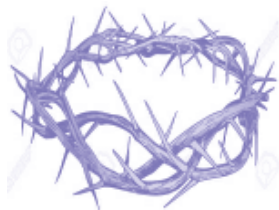
No podía ser de otro modo

En cierta ocasión preguntaron al músico Joseph Haydn cómo era que sus composiciones religiosas eran tan jubilosas, y él respondió: "No puedo hacerlo de otro modo. Cuando pienso en Dios y en su gracia en Cristo Jesús, mi corazón está tan lleno de alegría, que las notas saltan y bailan. Puesto que Dios me ha dado tal corazón, debo servirle con gozo".

Samuel Vila

TEMA DE PORTADA

El hombre cree que, para alcanzar la gloria, hay que ascender; pero el ejemplo de Cristo es totalmente opuesto.



Un triple descenso a la gloria

Rubén Chacón

“

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

— Flp. 2:5-11.

Este pasaje es como la médula de la preciosa epístola de Pablo a los filipenses; es la parte central y fundamental, y en ella se responde a todas las inquietudes descritas en esta carta.

Conflictos en la iglesia

La iglesia en Filipos, como todas las iglesias locales, tenía dificultades. No hay ninguna iglesia local que no tenga conflictos de todo tipo. Y no

solo las iglesias, sino también la obra del Señor. Y esta epístola refleja muy bien tanto los problemas a nivel de la obra como a nivel de las iglesias locales. Revisemos algunos.

Pablo, escribiendo desde la prisión en Roma, dice: *«Algunos, a la verdad, predicán a Cristo por envidia y contienda; pero otros de buena voluntad»*. Y el versículo 16 dice: *«Los unos anuncian a Cristo por contención, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis prisiones»*. Escribiendo a una iglesia local, él denuncia cómo se dan estos conflictos a nivel de la obra.

«Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo...» (2:3). Él sabe que en la iglesia local hay hermanos que hacen las cosas para ser vistos. ¡Qué tremendo desafío es mirar a los demás como superiores a uno mismo! Eso no es algo que podamos alcanzar humanamente; solo la gracia de Dios puede llevarnos a una condición espiritual de ese nivel.

«Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo al saber de vuestro estado; pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros»

(2:19-20). Entre todos los obreros, Pablo solo cuenta con uno. *«Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús»* (v. 21).

«Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo» (3:2). Esta es una fuerte declaración. Los «perros» no se refiere a los animales, sino a los malos obreros y a los judaizantes. *«Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo»* (3:18), denuncia Pablo.

El sentir de Cristo

¿Cuál es el sentir que nos puede unificar haciéndonos unánimes? *«Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús»* (2:5). ¿A dónde recurriremos para superar los conflictos de las iglesias? ¿Dónde hallaremos gracia para que esto se subsane? Solo Cristo es la respuesta. Él es la fuente de toda gracia. En él está el socorro para que estas deficiencias se superen.

«Haya, pues, en vosotros este sentir». La palabra *sentir*, en griego, es *froneo*. Parece ser que ese verbo pertenece más al ámbito del pensamiento que del sentimiento. Algunas versiones traducen este término como *mentalidad*, *manera de pen-*

sar, o actitud. Muchas de las dificultades de las iglesias se solucionarían si tuviésemos la actitud o la mentalidad de Cristo.

Examinemos y admiremos este sentir único de Cristo, que jamás otro hombre ha manifestado en la tierra. Esto es lo que Pablo nos propone como fuente de gracia para superar nuestras dificultades.

El descenso a la gloria

Los versículos 6 al 8 de Filipenses 2 nos hablan del triple descenso de Cristo a la gloria. Es como una pequeña escala de tres peldaños. ¿Para qué sirve una escala? Lo primero que se nos viene a la mente es: para subir a un lugar. Pero también sirve para descender desde un lugar alto.

En los versículos que examinaremos hay tres etapas en este sentir de Cristo, en el cual él se despojó, se vació, estuvo dispuesto a descender. El primer descenso dice: «*se despojó a sí mismo*» (2:7). Esa fue la primera decisión que él tomó para manifestarnos su sentir.

Luego hay un segundo momento en que él desciende aun más: «*se humilló a sí mismo*» (2:8). Y en tercer lugar, él aceptó la muerte de cruz, «*haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*» (2:8). En estos párrafos está la síntesis del

sentir de Cristo. Son tres momentos cruciales en que él estuvo dispuesto, no a ascender, sino a descender. A nosotros nos parece que para alcanzar la gloria hay que ascender; pero el ejemplo de Cristo es que hay que descender.

El Señor dejó una enseñanza para nosotros. «*Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido*» (Mat. 23:12). Y Pedro exhorta en especial a los jóvenes: «*Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo*» (1 Ped. 5:6). Este es el camino para Cristo, y por lo tanto, para todos nosotros, para alcanzar la gloria.

Y el pasaje leído termina diciendo: «*Por lo cual...*», o sea, porque hubo en Cristo este despojamiento, este descenso, «*Dios también le exaltó hasta lo sumo y le dio el nombre que es sobre todo nombre*». Así que en él se cumple perfectamente la enseñanza de Mateo 23:12. ¡Bendito sea el Señor!

Estos son los tres momentos que ahora comentamos. Son solo tres versículos, pero de una gran riqueza y profundidad. Las palabras siempre quedan cortas. ¿Cómo podremos apreciar verdaderamente lo que significaron para el Señor estas

decisiones? No es posible tener una vislumbre de esto sin el Espíritu Santo. Que él ilumine nuestro entendimiento para ver a Jesús en una dimensión cada vez mayor.

Cristo Jesús es igual a Dios

Es tal la concentración revelacional que hay aquí, que casi hay que ir palabra por palabra. Cada frase sería para detenerse mucho tiempo.

El versículo 6 empieza a desarrollar este sentir que hubo en Cristo, diciendo primero: *«el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse»* (v. 6). Cristo Jesús existía en forma de Dios. La versión NVI dice: *«siendo por naturaleza Dios»*.

Para un hombre terrenal, desprenderse de sus riquezas es imposible. Mas, para el Señor fue posible despojarse de su calidad divina.

El apóstol Pablo comienza a revelar el sentir de Cristo diciéndonos que Él es Dios, que existía en la forma de Dios. Él, por naturaleza, es Dios. La frase que sigue explica lo que Pablo entiende por *«forma de Dios»*, diciendo: *«el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios»*. Al proclamar a Cristo, quien existía en forma de Dios, Pablo está

diciendo que Cristo Jesús era igual a Dios.

En el griego, dice literalmente: «el cual siendo en forma de Dios no estimó el ser iguales cosas que Dios». O sea, las mismas cosas que Dios es, esas mismas cosas es Cristo Jesús. Si el Padre es eterno, Cristo Jesús es eterno; si el Padre es omnipotente, Cristo Jesús es omnipotente; si el Padre es increado, Cristo Jesús es increado; si el Padre es santo, Cristo Jesús también es santo. Cristo Jesús es igual a Dios.

¿Pero qué es lo que dice con respecto a esa forma de Dios? Dice que Cristo Jesús no tuvo esa calidad de Dios como algo a lo cual aferrarse.

Es decir, él no lo tuvo a consideración a tal punto que no pudiera desprenderse de su calidad divina. No era para él algo a lo cual no pudiera renunciar.

Se despojó a sí mismo

¿Qué puede haber más alto en el universo que, por naturaleza, ser Dios? Y nuestro bendito Señor Jesús

no tuvo a consideración ese hecho glorioso, como algo de lo cual no podía soltarse.

Para un hombre terrenal, desprenderse de sus riquezas es algo imposible. Pero para el Señor fue posible despojarse de su calidad divina. Esto es algo extraordinario. ¡Bendito es el Señor!

Si él no hubiese estado dispuesto a dejar su calidad de Dios, nunca habría sido hecho hombre. Nadie lo podía obligar. Él se despojó en un acto libre, consciente y voluntario.

Él estaba dispuesto a desprenderse. Entonces, ¿no debe ser nuestra actitud el estar dispuestos a despojarnos de nuestras posiciones, de nuestras ambiciones? Nosotros, en lugar de mirar a los demás como superiores, buscamos ponernos por sobre los hermanos, y esto hacemos en cosas sin importancia.

«*Se despojó a sí mismo*» (v. 7). La expresión despojarse en griego es *kenó*. De ahí viene la palabra *kenosis*. Así se le llama en teología a este primer descenso, a esta primera decisión que el Señor hizo en forma libre y voluntaria. Es un verbo fácil de comprender, pero aplicarlo a Cristo no es tan fácil, porque el verbo despojarse, en griego, significa que él se vació de sí mismo.

Cristo existía en forma de Dios. ¿Qué significa que se vació de sí mismo? ¿Significa que él dejó de ser Dios? Y entonces, cuando se manifestó como hombre, ¿los que estaban frente a él solo estaban frente a un mero hombre? El Nuevo Testamento Interlineal traduce el verbo *kenó* como «se anonadó». Anonadarse es hacerse nada. Se vació de sí mismo, se hizo nada.

Entonces, ¿estábamos frente a un simple hombre? No. Siendo Dios, él no podía dejar de serlo. Uno no puede dejar de ser lo que es. Entonces, ¿en qué sentido se vació? La Biblia NVI dice: «*Se rebajó voluntariamente*». Pero, ¿en qué sentido se rebajó voluntariamente? El Interlineal comenta que se vació, pero no de la naturaleza divina, sino que se despojó de su gloria. Y la NTV explica que él no dejó de ser Dios, pero renunció a sus privilegios divinos.

Viviendo como hombre

Tratando de balbucear este misterio insondable, nos da la impresión de que el Señor Jesús, como no podía dejar de ser Dios, sí podía hacer algo: al tomar la naturaleza humana, en su vida terrenal, no dependería de su condición divina, no haría uso de la naturaleza divina. No podía dejar de ser lo que era, pero

sí podía renunciar a sus privilegios y a sus poderes divinos.

Entonces, una vez que adoptó la naturaleza humana, ¿cómo pudo él vivir de manera tan gloriosa? ¿Dependiendo solo de la naturaleza humana? No. Él fue lleno del Espíritu Santo, por medio del cual vivió la vida terrenal. Él fue hecho verdaderamente hombre, pero como tal, podía acceder a todos los recursos que hay disponibles para los hijos de Dios, al igual que nosotros. Jesús vivió lleno del Espíritu, como tú también puedes vivir. Él usó la Palabra, tal como tú puedes usar la palabra de Dios que es la verdad.

El Nuevo Testamento es claro para explicar que todo lo que el Señor hizo en su vida terrenal fue por medio del Espíritu Santo. Él era Dios, y no se podía desprender de su naturaleza divina; pero no usó esta condición para hacer todo lo que hizo en la tierra. «*Yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios*» (Mat. 12:28), al igual que tú y yo podemos hacerlo.

Pedro dice: «*Vosotros sabéis ... cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo*» (Hech. 10:37-38). Y cuando

finalmente se ofrece al Padre para hacer el sacrificio por el pecado, dice Hebreos 9:14: «*el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios*». Él no dejó de ser Dios, pero no usó sus atributos divinos, sino que dependió totalmente del Padre por medio del Espíritu Santo.

Cuando el Señor fue tentado por Satanás, en Mateo capítulo 4, Satanás procuraba que Jesús usara su poder divino. «*Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan*» (Mat. 4:3). Si Jesús hubiese caído en esa tentación, entonces él no habría podido ser nuestro representante.

El hermano Atanasio, en el siglo IV, dice: «Lo que el Señor no asumió, tampoco fue redimido». Si el Señor iba a redimir la naturaleza humana, entonces tenía que actuar plenamente como hombre en todas las circunstancias. Entonces, el hecho de no aferrarse a su condición divina no vale solo para el momento en que él renunció a usar la naturaleza divina, sino que lo aplicó durante toda su vida terrenal.

En medio de la tentación, Jesús tenía hambre, tras ayunar cuarenta días. Él pudo proveerse de pan, pero no lo hizo. «*Escrito está: No solo de*

pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mat. 4:4). Él era Dios, mas respondió a Satanás con la Palabra, porque estaba como verdadero hombre, en tu lugar y en mi lugar. De igual manera podemos responder tú y yo a las tentaciones.

Cuando él estaba crucificado, ¿cuál es el último intento de Satanás? La gente que pasaba bajo la cruz, burlándose, le decía: «*Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz*» (Mat. 27:40). Ese fue el momento más difícil. Colgado en un madero, en aquel instante pudo echar mano a su calidad de Dios. Satanás, al verse perdido, está tratando de tentarlo a través de aquellos burladores. Pero nuestro Señor dependió absolutamente del Padre en todo, aunque las dificultades eran extremas.

Un acto sublime de amor

«*Se despojó a sí mismo*» (Flp. 2:7). Nadie lo obligó. Él no se despojó por presión, sino de manera libre, consciente y voluntaria. Un autor dice: «Ni siquiera estuvo presionado por el deber moral de tener que salvar a su creación». Alguien podría pensar que Jesús—siendo el instrumento a través del cual Dios creó todas las cosas, el Verbo, la palabra creadora de Dios— se sintiera responsa-

ble de salvarlos, por haberlos creado. Pero él no fue presionado por este deber moral.

Entonces, ¿por qué lo hizo? La única respuesta es: ¡Por amor! No hay otra explicación. Es obvio que esto escapa a nuestra comprensión, pero la Escritura declara que lo hizo por amor. ¿Cómo expresar este amor? Es un amor que no mide precio, que no tiene límites, que no repara en sacrificios.

Tomando forma de siervo

«*Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo*» (v. 7). Noten el contraste: él existía en forma de Dios; se despojó a sí mismo, y tomó forma de siervo. «*Forma de Dios*» se contrapone a «*forma de siervo*». ¿Qué significa «*forma de siervo*»? La frase siguiente lo aclara: «*Hecho semejante a los hombres*». O sea, para ser semejante a los hombres a los cuales venía a salvar, él tuvo que tomar la forma de siervo.

Esto llama la atención, y se vuelve también una frase compleja. Si dijese que dejó la forma de Dios y tomó la forma de hombre, se entendería mejor. ¿Pero, por qué dice que para ser hecho semejante a los hombres tuvo que tomar la forma de siervo? ¿Por qué usa la palabra siervo en vez de hombre?

Esto se hace más complejo cuando vemos que la palabra siervo, en el griego, es *doulos*, esclavo. O sea, para ser hecho semejante a nosotros él tuvo que tomar la naturaleza de esclavo. Él venía a redimir a los hombres que se habían vuelto esclavos del pecado, del mundo y de Satanás, esclavos de la carne y de sus pasiones. ¿Será por esa razón que él tenía que tomar la forma de esclavo?

Un hermano cita un hecho que explica muy bien esto. Esto ocurrió durante el avivamiento moravo. Algunos jóvenes, impactados por el sentir de Cristo, se ofrecieron para ir a evangelizar a una isla habitada solo por esclavos. Y para entrar en medio de aquel ambiente, ellos mismos se vendieron como esclavos. Y esa decisión no fue temporal, sino de por vida. Y eso es lo que hizo el Señor. Él no era esclavo, pero se hizo esclavo, para traernos la buena noticia de la redención a nosotros, que éramos esclavos.

Jesús, al asumir nuestra condición, no asumió la naturaleza de Adán antes de la caída, sino la naturaleza tras la caída. Y aunque no hubo pecado en él, él se sometió a todas las consecuencias de la caída.

En cambio nosotros, que sí pecamos, estábamos viviendo las consecuen-

cias de nuestro pecado. «*La paga del pecado es muerte*» (Rom. 6:23). Esa era nuestra realidad. Pero él, sin haber pecado, fue hecho pecado por nosotros, y experimentó esas consecuencias en su propio cuerpo, al punto que cuando tomó la forma de esclavo, se hizo mortal. Siendo Dios, él pasaría por la muerte.

Enfrentando la tentación

Cuando Adán y Eva enfrentaron la tentación, ellos estaban viviendo en las mejores condiciones posibles, en un mundo idílico donde todo era paz, armonía y gozo, rodeados de todo árbol delicioso a la vista y bueno para comer. Allí no existía el hambre, y ellos convivían pacíficamente con todos los animales.

Ahora, Mateo 4:1 dice: «*Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo*». El postrer Adán debía enfrentar la tentación; pero él no fue llevado al paraíso sino al desierto, porque el paraíso ya no existía. «*Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre*» (Mat. 4:2). No solo le tocó enfrentar la tentación en el desierto, sino con hambre. Marcos escribe: «*Y estaba con las fieras*» (Mar. 1:13). Aquél ya no es el mundo original creado por Dios. Las cosas han cam-

biado. Pero lo glorioso es que, allí donde Adán fracasó, ¡Cristo venció!

Aquello que Adán no pudo superar en condiciones óptimas, nuestro Señor salió victorioso en las condiciones más adversas, usando las mismas armas espirituales con que cuentan todos los hijos de Dios: lleno del Espíritu Santo y usando como espada la poderosa palabra de Dios. ¡Gloria al Señor!

Humillado hasta la muerte

«Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo» (Flp. 2:8). Esta acción de humillarse no es la misma de despojarse a sí mismo. Es otra decisión, un segundo momento.

El Señor se despojó a sí mismo cuando existía en forma de Dios, pero ahora, él decidió humillarse a sí mismo en la condición de hombre.

¿Y qué significa humillarse a sí mismo? La frase que sigue lo explica. «Haciéndose obediente hasta la muerte». Otra vez se trata de un acto libre, consciente y voluntario, hecho solo por amor.

Hebreos 10:7 dice: «*He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí*». El Señor tomó una decisión: en representación del gé-

nero humano, él se ofreció para hacer lo que tú y yo nunca jamás hicimos – obedecer perfectamente a Dios.

Una de las grandes deudas de la raza humana es que nunca nadie agradó plenamente el corazón del Padre. Aun viendo a los mejores hombres de la Biblia, de ninguno de ellos podemos decir que tuvieron una obediencia perfecta. Ellos fueron vidas con luces y con sombras, al igual que tú y yo, hasta que apareció nuestro bendito Señor Jesús, que estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta el último día de su vida.

Ningún ser humano, antes o después de él, ha obedecido perfectamente la voluntad de Dios agradando el corazón del Padre para siempre. Y eso lo hizo en representación nuestra. Nuestra obediencia siempre es imperfecta, pero la obediencia de Cristo siempre es perfecta. Así él saldó la deuda que el hombre tenía con Dios. Nosotros no podíamos pagarla; pero él la pagó.

Nuestra deuda tenía dos partes. Una de ellas era que nosotros no habíamos hecho lo que teníamos que hacer. Pero él tomó nuestro lugar, y «*por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos*»

(Rom. 5:19). Su obediencia fue con-tada a nuestro favor, y hoy nos po-demos presentar ante el Padre con la obediencia perfecta de Cristo en la condición de hombre, tomando nuestro lugar y redimiéndonos.

La muerte de cruz

«*Haciéndose obediente hasta la muerte*». Pablo hace el énfasis: «*y muerte de cruz*». No cualquier muerte. Es la última decisión, la última etapa en el descenso de Cristo a la gloria. Así estamos tratando de bal-bucear este misterio. Alguien que es Dios, no solo se hace hombre, sino que toma forma de esclavo, y en esa condición se humilla y se hace obe-diente hasta la muerte, aceptando del Padre morir crucificado.

La segunda deuda nuestra era la necesidad de expiar todo lo que no teníamos que hacer, y que hicimos. Su obediencia suplió la primera parte de la deuda, haciendo lo que nosotros teníamos que hacer y no hicimos; pero con la muerte de cruz él expió lo que hicimos y que no teníamos que haber hecho. Para expiar nuestras desobediencias, nues-tras maldades e iniquidades, él tenía que morir en la cruz.

¿Por qué morir crucificado? Porque ese era el precio del rescate. La palabra rescate o redención indica que

para obtener la liberación de un esclavo alguien tiene que pagar el res-cate. Y este rescate fue morir crucificado. La Escritura anticipaba: «*Maldito por Dios es el colgado en un madero*» (Deut. 21:23). Él tenía que morir, no como un héroe desta-cado, sino como un maldito, pagan-do el precio de nuestra maldad.

«*Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldi-ción, porque está escrito: Maldito todo aquel que es colgado en un madero*» (Gál. 3:13). El que no obe-decía a Dios quedaba bajo la maldi-ción de la ley. Para redimirnos de ella, Cristo fue hecho maldición por nosotros.

«*Se despojó a sí mismo ... se humilló a sí mismo ... y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*». Acep-tó morir con la muerte más ignomi-niosa, más vergonzosa y más vil. Hasta allí nuestro Señor estuvo dis-puesto a humillarse y a descender. Con razón, Pablo no puede terminar ahí, y concluye: «*Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio el nombre que es sobre todo nombre*».

¡Hay un Hombre sentado a la dies-tra de Dios! ¡Alabado sea el Señor!

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2019.

Las bienaventuranzas, expresión del carácter perfecto de Cristo.

Bienaventurados los que lloran



César Albino



Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación”.

— Mateo 5:1-4.

Las bienaventuranzas son uno de los primeros mensajes en el principio del ministerio del Señor Jesús; por lo tanto, es una palabra fundamental para continuar nuestra carrera desde el día en que creímos.

Las bienaventuranzas no están dirigidas a los incrédulos, porque todas ellas convergen en el carácter de Cristo, y al profundizar en el tema nos damos cuenta que ellos nunca podrán vivirlas. Están dirigidas a los creyentes. El Señor nos invita a ser partícipes de ellas, a practicar estas cosas. Y, puesto que denotan el carácter de Cristo, es complejo vivirlas aun para aquellos que contamos con la gracia de Dios.

Hay siete bienaventuranzas que aluden directamente al carácter de Cristo. Están ordenadas en sentido ascendente, y cada una le da el paso a la otra. Son como una escalera que comienza en el primer peldaño, hasta llegar a la séptima, que señala el carácter de Cristo referente a los pacificadores.

Los versículos 10 al 12 hablan acerca de la bienaventuranza de ser vituperados y perseguidos por causa del Señor. Si no hemos sufrido persecuciones es porque no hemos vivido las siete etapas primeras, o lo hemos hecho en un nivel muy bajo. Por lo tanto, consideremos con atención estas palabras del Señor.

Viendo la multitud

«*Viendo la multitud*». Jesús siempre tuvo compasión de la gente. Aquí, la multitud representa a aquellos que aún no son de Cristo. Jesús venía predicando el evangelio del reino en pueblos y aldeas, y le seguía mucha gente de Galilea, de Judea y del otro lado del Jordán.

«*Viendo la multitud*». El Señor contempla a la multitud enferma, cargada de tristezas y necesidades imperiosas, muertos en delitos y pecados. Luego, él sube al monte y les empieza a enseñar a sus discípulos, sabiendo que, si ellos no son llenos

de Su misma vida y de Su carácter, difícilmente podrán bendecir a los demás.

Dichosos los pobres en espíritu

«*Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*». Este es el primer escalón de las bienaventuranzas que conciernen al carácter de Cristo. Qué paradójal es esta declaración. La palabra bienaventurados es sinónimo de dichosos, felices, gozosos. ¿Por qué son felices los pobres? Nosotros siempre asociamos la pobreza con debilidad o carencia. Pareciera contradictorio lo que Jesús dice. Pero sí, los pobres son afortunados. Los discípulos son bienaventurados si son pobres.

El Señor pone aquí énfasis en la pobreza espiritual. Nosotros solemos decir: «Somos ricos en Cristo; lo tenemos todo en él». Esa es una revelación posicional preciosa. Pero aquí el Señor está hablando otra cosa. Para que la multitud sea bendecida, se necesitan siervos pobres en espíritu. Si no llegamos a ser pobres en espíritu, no seremos de bendición a una sociedad hambrienta y sedienta que necesita a Cristo.

Vaciarse de sí mismo

¿Qué es ser pobre en espíritu? Pobre en espíritu es aquel que está

aprendiendo a vaciarse de sí mismo, que todo lo puede en Cristo, pero en sí mismo no tiene nada. Entre todos los hombres que han pisado la tierra, Cristo es el referente más precioso del hombre pobre en espíritu; porque poseyéndolo todo, él se empobreció, abandonó su gloria y se vació de sí mismo para vivir la vida de Otro.

La pobreza espiritual tiene que ver con el vaciarse de sí mismo. En Juan 5:19 vemos una característica de esta pobreza espiritual. *«Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente».* Versículo 30: *«No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre».*

«Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras» (Juan 14:10). El Señor Jesús vivió esta bienaventuranza de forma perfecta y maravillosa. Él nunca se atribuyó nada como propio. Cuando alguien quiso halagarlo diciéndole *«Maestro bueno»*, él replicó: *«¿Por qué me llamas bueno?»*

Ninguno hay bueno sino uno: Dios» (Mat. 18:17). Cuando le alababan por los milagros, él atribuía todo al Padre.

A la luz de esta palabra, podemos señalar cuatro rasgos distintivos de los hombres pobres en espíritu: No son nada en sí mismos, no tienen nada por sí mismos, no saben nada por sí mismos y no pueden nada por sí mismos. Si somos algo, es por la gracia de Dios, porque Cristo vive en nosotros. Todo el potencial que tenemos es Cristo en nosotros. Las buenas intenciones o capacidades humanas no sirven.

Dichosos los que lloran

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación». Si no nos vaciamos de nosotros mismos, la segunda bienaventuranza está más lejos de poder ser vivida. Si somos egocéntricos, nunca seremos sensibles ni lloraremos por otros. No podremos llorar por la obra de Dios. Pero bendita sea la vida de Cristo en nosotros, porque entonces tenemos esperanza. Un hombre centrado en sí mismo no podrá ser de bendición a aquellos que yacen muertos en delitos y pecados.

Decíamos que todas las bienaventuranzas nos hablan del precioso ca-

rácter de Cristo. El hombre pobre de espíritu por excelencia, dependiente de Otro, viviendo la vida de Otro, fue Cristo. Él también fue quien realmente lloró desde sus entrañas; fue el hombre más manso que pisó la tierra; él tuvo hambre y sed de justicia; él es el misericordioso; él es de limpio corazón y solo él es el pacificador.

Nosotros somos invitados a vivir este carácter. Este es el gran propósito divino de nuestro llamamiento. Ser *«hechos conformes a la imagen de su Hijo»* (Rom. 8:29). ¿Cómo vivir esto de manera real? El Señor nos llama a aprender y a practicar estas cosas.

Esto no tiene nada que ver con un conocimiento elevado de las Escrituras. El pobre en espíritu puede ser incluso una persona que ni siquiera sabe leer, y aun así bendecir a muchos. Un hombre pobre en espíritu, que realmente vive la vida de Cristo, será sensible al ver una multitud necesitada.

¿Por qué lloramos hoy?

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación». Por supuesto, este llanto no tiene nada que ver con un llanto emotivo. A veces somos muy emocionales, y lloramos incluso por una buena no-

ticia o por un problema familiar. Pero aquí el llanto tiene que ver con el carácter de Cristo.

Jesús lloró. Esta referencia puede ayudarnos mucho para seguir sus pisadas. ¿Cuál es la motivación de nuestro llanto? ¿Por qué lloramos hoy? ¿Lloramos por nuestros pecados? Es verdad, también somos bienaventurados cuando nos arrepentimos de nuestras maldades. Pero antes diremos algo al respecto.

Un hombre que llora y es bienaventurado es aquel que se da cuenta de su miserable condición espiritual. Ésta puede ser tan nefasta que, llevando largo tiempo en la fe, aún tiene necesidad de cosas básicas. Hay quienes llevan muchos años en la carrera cristiana, pero que ante la más mínima exhortación se levantan y resisten el consejo.

Necesitamos anhelar ser pobres en espíritu, ser sensibles y llorar ese llanto bienaventurado, por el Reino, por la condición de la iglesia, por los obreros, los ancianos y encargados de las iglesias.

Debemos reconocer que, por el hecho de no ser pobres en espíritu, nos cuesta llorar por la obra de Dios. El círculo de nuestro quebranto y nuestra oración es tan estrecho, que se

reduce a mi familia, y a veces ni siquiera eso. Nos cuesta llorar por los hijos que están lejos del Señor, nos cuesta llorar por la condición de la iglesia en la cual estamos congregándonos, nos cuesta llorar por nuestra propia condición y nos cuesta llorar por lo que el pecado está haciendo hoy en toda la sociedad.

La intención del Señor es rodearse de un grupo de personas que sean capaces de vaciarse de sí mismos y bendecir a muchos, siendo sensibles al dolor de otros. Que la palabra opere transformando nuestro corazón, para levantar un clamor de quebranto por los cercanos y por los que están lejos. Si esto se logra, daremos gloria al Señor, porque habremos pasado el primer peldaño de esta escalera y vamos a vivir allí, gustando el ser pobres en espíritu y teniendo aquel llanto bienaventurado.

El llanto por Jerusalén

«Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos den-

tro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación» (Lucas 19:41-44).

Nos conmueve ver a nuestro Señor, tan perfecto, tan equilibrado en sus emociones, literalmente aquí vertiendo lágrimas por un motivo alto y sublime. Recordemos que Jerusalén es la ciudad elegida por Dios. *«Porque Jehová ha elegido a Sion; la quiso por habitación para sí»* (Sal. 132:13). Sus ojos estaban puestos en Jerusalén. Antes de entrar a la ciudad, Jesús se detiene, se conmueve en sus entrañas, y llora.

¿Por qué llora por la ciudad? ¿Qué ve en ella? ¿Qué discierne él en su sabiduría, tras los rostros de sus habitantes, en especial de sus autoridades políticas y religiosas? La ciudad está enloquecida, indiferente, fría, lejos de Dios, entretenida en rituales religiosos. Y aun estando él allí, no disciernen que la gloria de Dios está en medio de ellos. Están ciegos, sin corazón para ver y reconocer a quien les visitaba por amor.

El llanto por la iglesia actual

Jesús se entristece y llora. Ellos no tendrían paz, la ciudad sería totalmente destruida. Pero la Jerusalén terrenal es una figura de la iglesia en términos universales. ¿Cómo está

la iglesia hoy? ¿Habrá motivos para llorar sobre ella? ¿Cómo estamos viviendo la vida cristiana?

Muchos están entretenidos en shows religiosos, indiferentes al Señor, ignorando a Cristo. Tienen a Cristo fuera. Sin discernir lo que es del Espíritu, se contaminan y pecan fácilmente, sin importarles que el nombre del Señor sea blasfemado entre los incrédulos. Tal es la condición general de la iglesia hoy.

Nosotros estamos tan llenos de nosotros mismos, que no nos queda tiempo para llorar, afanados en nuestros quehaceres, ocupados en adquirir bienes, en pasarlo bien, en

ególatras e insensibles. ¿No es ésta una motivación para llorar? Pero bendito sea Dios que, en su misericordia, nos exhorta con amor, para salvarnos de nuestra deficiente condición espiritual.

Tal como el Señor profetizó, un general romano destruyó Jerusalén en el año 70. Él lloró por una ciudad que no le amaba. Nosotros tal vez podamos llorar por alguien que amamos y que nos quiere; pero no tenemos amor para bendecir a quien no nos simpatiza. Jesús lloró por esa ciudad que le rechazaba. Solo si somos pobres en espíritu podemos ser sensibles y orar y llorar aun por nuestros enemigos.

Un hombre pobre en espíritu, que realmente vive la vida de Cristo, será sensible al ver una multitud necesitada.

ganar dinero y buscar un buen porvenir para nuestros hijos, en establecernos y echar raíces en la tierra.

Nosotros no lloramos. ¿Por qué no lloramos? Porque la primera bienaventuranza aún no es una viva realidad en nosotros. Somos tan egocéntricos, aún vivimos para nosotros. O estamos atareados en los aprendizajes bíblicos, llenándonos de conocimiento, pero cada vez más

Que este mensaje nos sirva de inspiración para orar, para quebrantarnos y lograr el agrado del Señor.

Jesús lloró por la condición nefasta de una ciudad. Nosotros lloraremos por una iglesia indiferente, quizás la misma donde usted se está congregando. Tal vez a muchos allí no les interesa la centralidad de Cristo, sino otras cosas, y viven en la misma entretención que este mundo pro-

vee, con su corazón distante persona y obra de su Señor.

El llanto por Lázaro

Jesús también lloró ante la tumba de Lázaro. A veces hemos pensado que él lloró porque Lázaro era el amigo que le atendía muy bien en su casa en Betania. Podría ser, pero no es lo principal. Jesús no lloró por la muerte de Lázaro, porque al leer con cuidado el capítulo 11 de Juan vemos que el Señor sabía que lo iba a resucitar, y lo reitera tres veces. *«Esta enfermedad no es para muerte ... Lázaro duerme; mas voy para despertarle ... Tu hermano resucitará»* (Juan 11:4, 11, 22).

Jesús le dijo a Marta: *«Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá»*. Entonces, si él sabía que, oyendo su voz, Lázaro volvería a la vida, el llanto no tendría sentido. En los versículos 34 y 35, Jesús lloró al ver la condición en la cual estaba el hombre a causa del pecado. Podrido desde la cabeza a los pies, Lázaro hedía: el pecado había destruido la creación hecha a imagen de Dios.

«Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Rom. 5:12). Que cada

vez que tengamos un pensamiento pecaminoso podamos sentir náuseas de aquello, y rechazarlo en el nombre del Señor, porque el pecado es lo más terrible que nos puede ocurrir.

Nos preguntamos por qué tantos hombres y mujeres se han quedado en el camino, y aún hay familias enteras corrompiéndose de nuevo, habiendo creído y habiendo tenido la vida de Cristo. También debemos llorar por aquellos que se han quedado atrás y, en vez de criticar su actitud, tengamos un gemir delante del Señor, porque si en algo Dios se deleita es en perdonar y en hacer misericordia.

Nosotros tenemos el cielo abierto; no juguemos ni transemos con el pecado que está destruyendo a la humanidad. ¿Y nosotros seremos amigos del pecado? Hoy más que nunca, debemos rechazar hasta el más mínimo de ellos. Nosotros tenemos entrada al Lugar Santísimo, y allí debemos permanecer.

Que el Señor nos socorra en estos días, para amar la justicia y amar la verdad, ser hombres y mujeres llenos de Su Espíritu, despojados de nosotros mismos, recordando siempre estos cuatro rasgos de aquellos que están aprendiendo a vaciarse:

nada soy, nada sé, nada tengo y nada puedo por mí mismo.

El llanto de un apóstol

En algunos pasajes bíblicos vemos a Pablo llorar. Esto también nos ayuda. Pablo les anuncia una visita a los corintios, diciendo: *«Pues me temo que cuando llegue, no os halle tales como quiero ... que cuando vuelva, me humille Dios entre vosotros, y quizá tenga que llorar por muchos de los que antes han pecado, y no se han arrepentido de la inmundicia y fornicación y lascivia que han cometido»* (2 Cor. 12:20-21). Por eso, también debemos llorar por aquellos que están pecando y que no se arrepienten.

En Filipenses 3:18 Pablo tiene una expresión conmovedora: *«Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo»*. Te pregunto, aunque duela: ¿Conoces a alguien enemigo de la cruz de Cristo? Yo conozco a uno: yo mismo.

Hay quienes conocen la palabra de la cruz desde sus inicios en la carrera cristiana; pero cuando deben guardar silencio, o bendecir y amar fraternalmente, no tienen esa capacidad. Son altivos, soberbios; sus mujeres y sus hijos los delatan, sus vecinos los delatan. Están llenos de sí mismos. Cuán necesario es tener hambre de ser pobres en espíritu. Este es el principio. Desde aquí se empieza a ascender hasta llegar al carácter máximo de Cristo: *«Bienaventurados los pacificadores»*.

Necesitamos imperiosamente aprender a vaciarnos de nosotros mismos, para llenarnos de Cristo y para vivir su vida, para rendirnos a él y para no hacer nuestra voluntad, sino la suya. Que podamos vivir el carácter maravilloso de Cristo aquí, en nuestro hogar, en nuestro trabajo y con los hermanos, siendo pobres en espíritu, viviendo la vida de Otro y siendo sensibles al dolor de los demás. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2019.

Mira a lo alto

El capitán de un barco vio que su hijo había subido a un mástil y estaba perdiendo el equilibrio, a punto de caer, porque tenía la vista fija en las olas agitadas. Acto seguido, el padre tomó un megáfono gritando: "¡Mira hacia arriba!". Y mirando hacia el cielo, donde todo era calma, cesó el vértigo del joven, y éste pudo bajar sano y salvo. *«Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra»* (Col. 3:2).

Samuel Vila

Una aparente contradicción y una perfecta armonía.



La Ley y el Evangelio

Roberto Sáez

En la Escritura hallamos muchos contrastes, paradojas y aparentes contradicciones que, en realidad, no son cosas contradictorias, sino que se complementan en una maravillosa armonía.

Por ejemplo, hay un contraste entre la ley y la gracia. También pareciera que la ley es opuesta al evangelio. Pero, ¿cómo armonizar la ley con el evangelio? Es lo mismo que armonizar la fe y las obras. La salvación no es por obras, sino por fe, y al decir esto pareciera que estamos en oposición a las obras.

En la gracia de Dios, intentaremos presentar la armonía que hay en el contraste entre la ley y el maravilloso evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo. Al predicar el evangelio no podemos menospreciar ni prescindir de la ley. Pablo en Gálatas 3:19 pregunta: «¿Para qué sirve la ley?». Es importantísimo comprender cuál es el ministerio de la ley.

Jesús y la ley

Cristo es la ley encarnada, porque él es Dios encarnado, y la ley es el carácter de Dios. Lo que

Dios es y lo que Dios hace, está expresado en más de trescientos mandamientos expresados en frases negativas: «No adulterarás, no robarás, no codiciarás», etc., y más de doscientos afirmativos: «Amarás al Señor tu Dios ... amarás a tu prójimo como a ti mismo».

La ley está compuesta por más de seiscientos mandamientos relativos al sistema del culto judío, asuntos civiles, alimentos y bebidas, etc. La mayoría de ellos son preceptos morales. Así, pues, no podemos menospreciar la ley, porque ella expresa la esencia del carácter de Dios, y la ley es santa, justa y buena.

En el sermón de la montaña, Jesús dijo: «*No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido*» (Mat. 5:17-18).

«*No he venido para abrogar la ley o los profetas*». Él no vino a terminar con la ley, no vino a borrarla, sino a cumplirla. Esto es maravilloso, y es parte del evangelio anunciar, creer y manifestar que toda la ley fue encarnada y cumplida en Cristo. Él refleja el contenido de la ley.

En el Antiguo Pacto, hombres como David, que conocieron la ley, la amaban y la disfrutaban. Los Salmos, como el 19 o el 119, tienen expresiones maravillosas de la ley, porque al hablar de ella están hablando de Dios mismo y de su carácter. El Salmo 119 tiene muchos sinónimos de la ley divina: las normas, los mandamientos, los reglamentos, los estatutos, los preceptos, los caminos de Dios.

No se puede separar a Cristo de la ley. Al mirar el Antiguo Pacto, la ley es una nodriza. «*La ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo*» (Gál. 3:24). Era la profecía anunciando que llegaría un día en que la ley tendría cumplimiento, y ese día llegó cuando Cristo vino a la tierra.

Cristo, la ley encarnada

Por eso, lo que para los judíos era una sombra, para los cristianos es una realidad inscrita en nuestra mente y en nuestro corazón; ya no fuera, sino dentro de nosotros. Al recibir a Aquel que es la ley encarnada, el reposo está dentro de nosotros. Cristo es nuestro sábado. La ley, las comidas, los rituales, todo está cumplido en él. Ahora él es nuestro sustento, nuestro todo. ¡Bendito sea Dios! No podemos separar la ley y el evangelio, porque el

evangelio es lo que nos explica la ley, lo que da sentido a la ley. «*No he venido para abrogar ... sino para cumplir*», para completar la ley.

«*Oísteis que fue dicho ... pero yo os digo*». Aquí hay otra dimensión del ministerio del Señor. La ley dada a través de Moisés prohibía el asesinato. «*Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio*» (Mat. 5:21-22). La ley solo prohibía el hecho de matar, pero él nos indica que lo que causa el homicidio es el odio.

«*Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen*» (Mat. 5:43-44). Pero ese aborrecer no lo decía la ley, sino los intérpretes de la ley, tergiversando la Escritura. Jesús aquí está corrigiendo la mala interpretación de los rabinos de la época.

Palabras en contexto

Cuando el Señor dice: «*No resistáis al que es malo*» (Mat. 5:39), algunos han interpretado erróneamente: «No resistáis el mal», lo cual es

falso. Porque si no hay que resistir el mal, entonces tampoco habría que resistir al diablo, porque el diablo es malo. Entonces, necesitamos comprender la esencia de la ley, el contexto de las palabras de Jesús en el sermón de la montaña.

Alguien ha dicho que el sermón de la montaña, en Mateo capítulos 5 al 7, es el pasaje de la Escritura más leído a través de la historia. Lo que más han leído los cristianos, y aun los de afuera, lo que más se conoce de toda la Biblia, es el sermón de la montaña, las leyes del Reino.

Al dirigir su evangelio a los judíos, Mateo quería poner el equilibrio con respecto al concepto de la ley, a la cual ellos tienen un apego absoluto. Por lo tanto, Mateo habla con mucho cuidado respecto de la ley, mostrando la actitud de nuestro Señor Jesucristo al respecto.

Ahora, siendo éstos los estatutos divinos para los ciudadanos del Reino, la ley celestial no es aplicable al mundo, sino solo a aquellos que tienen «la ley del espíritu de vida» puesta en sí mismos, es decir, a los renacidos, los que han oído el evangelio y se han convertido a Cristo.

El Señor Jesús dice: «No juzguéis para que no seáis juzgados» (Mat. 7:1). El apóstol Pablo, más tarde,

dirá también: *«No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos»* (Rom. 12:17-19).

Subrayemos el acento personal de la aplicación de esta Escritura, porque las palabras de Jesús están también en este mismo contexto. No tenemos que tomar la justicia en nuestras manos para vengarnos del mal, sino dejar lugar a la ira de Dios, y también respetar a las autoridades que han sido puestas por Dios, como también lo dice Pablo.

El Señor Jesús, respecto a esto mismo, agrega: «No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal. Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas» (Mat. 12:19-13:1).

Al escribir esto, Pablo estaba en presencia del imperio romano. Y él dice implícitamente que el imperio es una autoridad puesta por Dios mismo. Nos cuesta comprender que haya diversos tipos de gobierno y que es Dios quien quita y pone reyes. Dios otorgó al hombre la capacidad de organizarse en Estados, para que la justicia sea administrada por ellos, y nos manda someternos a las autoridades.

Sin embargo, este mismo imperio, que es una autoridad establecida de parte de Dios, al final, en Apocalipsis 17 y 18, es la gran Babilonia religiosa y política, el imperio de Satanás. Aquí hay un contraste. Pues Dios no nos trata como marionetas. Cada uno de los gobernantes y los políticos tendrá que dar cuenta de lo que haya hecho en este mundo, sea bueno o sea malo. De tal manera que Dios no es culpable de que, algo que él estableció, se haya vuelto hacia el lado de Satanás.

La opción de un creyente

Esto nos hace reflexionar, porque los creyentes nos enfrentamos a diario al mal que nos causan nuestros propios familiares, los conflictos entre esposa y esposo, entre padres e hijos, entre vecinos y aun entre hermanos de la iglesia. ¿Cómo respon-

demos cuando alguien nos hiere o nos hace daño? ¿Cómo reacciona una esposa cristiana frente a un esposo que le ha sido infiel? ¿Debe perdonar? ¿Debe tomar venganza? ¿Qué puede hacer? Entonces el Señor nos dice: «*No paguéis a nadie mal por mal*».

El cristiano tiene la opción de perdonar, pero también podría ir a la justicia. Alguien a quien le están ro-

El misterio de la ley

Aquí empezamos a entender cuál es el sentido de la ley. ¿Para qué sirve la ley? La respuesta también la da Pablo en Romanos 3:19-20. «*Todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por*

Siento una pasión por ser como Cristo es,
y también siento un gran dolor cuando él
no sale por mí en la vida diaria.

bando, puede llamar a la policía, porque ésta es la autoridad. En tal caso él no está tomando la justicia por sus manos, sino recurriendo a una instancia legítima. De igual modo, una mujer que ha sido víctima de adulterio puede ir a la justicia, pero deberá tener clara esta palabra de no devolver mal por mal.

Si a ti te hacen un mal y tú devuelves con un bien ese mal, eso es algo divino. Si te hacen un bien y devuelves un bien, eso es humano, porque así hacen los hombres a los que les hacen bien. Por otra parte, si te hacen un bien y tú devuelves ese bien con un mal, eso es algo diabólico.

medio de la ley es el conocimiento del pecado».

Más adelante, Pablo dice que él vivió un tiempo sin la ley, pero cuando él conoció la ley, entonces lo que era bueno —la ley que era para vida—, a él le resultó para muerte. «*¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno*» (Rom. 7:13). No es la ley la que mata, sino el pecado.

¿Qué es lo que nos provoca la muerte? El pecado. Pero como el pecado está sancionado por la ley, entonces

éste usa la ley para matarnos. ¿Quién está tras el pecado, detrás de cuanto se opone a Dios? El adversario de Dios, Satanás el diablo, y éste usará la ley de Dios para acusarnos, para hacernos sentir que estamos destituidos. Y en realidad, Dios confirma eso, porque Dios mismo lo ha dicho.

El Antiguo Testamento registra un dicho popular entre los judíos, que aquel que ve a Dios cae muerto ante él. Y eso le pasa a toda persona delante de la ley, porque la ley es el carácter de Dios. Frente a la ley, todos caen como muertos, *«por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado»* (Gál. 2:16). El problema no es la ley, porque ella es santa, justa y buena. El problema soy yo.

Entonces, para anunciar el evangelio, es muy importante que consideremos el testimonio del apóstol Pablo. Porque, ¿cómo una persona podría valorar el evangelio si no sabe cuál es su situación frente a Dios? El mundo está en tinieblas, el diablo les ha puesto una venda en los ojos para que no vean la luz. ¿Y cómo quitar ese velo? El evangelio tiene ese poder, al utilizar lo que es el carácter de Dios para hacerle ver al hombre su condición, porque ante la ley de Dios estamos muertos, destituidos de la gloria de Dios.

Pablo dice: *«Yo apruebo que la ley es buena ... según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios»* (Rom. 7:16, 21). Así se deleitaban los hombres del Antiguo Testamento.

«La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo ... Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal» (Sal. 19:7, 10). Este era el concepto de los que se deleitaban en la ley de Dios.

El Salmo 119 tiene numerosas referencias al efecto que tiene la ley de Dios en el corazón de aquel que ama la ley. La ley lo levanta, lo anima, lo vivifica. Pero cuando el hombre se acerca para tratar de cumplir la ley, descubre que son más de seiscientos preceptos, pero al infringir uno solo de ellos, la ley lo condena y lo mata, porque Dios es santo, perfecto, y no admite ningunas tinieblas.

«Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros» (Rom. 7:21-23).

Esperanza para el pecador

Entonces, Pablo exclama: «*¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?*» (v. 24). ¿Hemos llegado nosotros a esta conclusión? ¿Hemos entendido que tenemos algo que nos arrastra a hacer lo malo? Sabemos lo que es bueno, pero tenemos una ley que es contraria, un principio maligno que nos lleva a hacer lo que no queremos; aprobando lo que es bueno, pero sin poder hacer el bien.

Y aquí viene el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo. «*Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro*» (v. 25). ¡Aleluya! Porque el evangelio nos salva de esa condición de maldad. Al oír el evangelio, sabes que Cristo es tu Salvador, que él tomó tu lugar y murió por ti y por mí. Él pagó por nuestros pecados. La ley te podía acusar y condenar, pero fue Cristo mismo quien sufrió la condenación.

«*Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro*» (Rom. 6:23). Cristo pagó. Su obra redentora nos salva del ministerio de la ley, que es un ministerio de muerte.

Pero cuando él llega a tu corazón, entonces tu vida es transformada.

Has nacido de nuevo, y ahora hay un poder dentro de ti que te libra de la ley del pecado y de la muerte y te hace ser victorioso. Ya no estás bajo el dominio del pecado.

No decimos que sea imposible que pecues, sino que es imposible que aceptes pecar de manera deliberada. Esto es muy claro. El que ha nacido de nuevo no se complace en el pecado; no es feliz con el pecado. Hay una tristeza, una amargura que te aplasta, y esa tristeza te conduce al arrepentimiento.

«*Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado*» (Mat. 3:2). Así comienza Jesús su ministerio de justificación. Cristo es el que justifica. El arrepentimiento es un cambio de mentalidad. Sí, el diablo te acusa, te aplasta, te arruina; él quiere hacerte sentir que estás condenado, que no eres digno. Pero Cristo te levanta la cabeza, te perdona y te sana. Cristo te salva. Esto es el evangelio.

La ley y la gracia

El ministerio de la ley es mostrarnos cuán pecadores somos, moralmente insolventes e incapaces, y cuánto necesitamos acogernos a la gracia de Dios. La gracia contrasta con la ley. La ley exige, obliga, demanda; la gracia otorga, socorre, libera, capacita. ¡Bendita gracia!

La gracia de Dios armoniza con la ley. Pablo dice: «*Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley*» (Gál. 5:18). ¿Qué significa que los cristianos ya no estemos bajo la ley sino bajo la gracia? ¿Es contraria la ley a la gracia? No entendamos mal, porque la ley es el carácter de Dios.

No estar bajo la ley significa que ya no estás bajo un régimen que te esclaviza, sino bajo el régimen del Espíritu; no para ignorar la ley, sino para amarla y obedecerla, y no en tus fuerzas, sino en el poder de una vida nueva, de otra ley, la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús que nos libra de la ley del pecado y de la muerte (Rom. 8:2).

Aquí está la armonía entre ley y gracia, entre ley y evangelio, entre carne y espíritu. Lo dice en Gálatas 2:18: «*Porque si las cosas que destruí, las mismas vuelvo a edificar, transgresor me hago*». ¿Qué son las cosas que Pablo destruyó? Yo era «fariseo de fariseos», creía que cumplía la ley fielmente. Yo era esto, yo era aquello, yo, siempre yo. Y todo lo que él hacía era en relación a la ley y a la cultura hebrea.

Y cuando les habla a los gálatas, «*las cosas que destruí*», aluden al sistema de la ley y del culto judío, porque ahora ya no hay más sacrificios

por el pecado, «*porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados*» (Heb. 10:14). Así que, si Cristo es nuestra pascua, ¿cómo vamos a seguir celebrando la pascua judía? ¿Qué cosas destruí? Destruí las sombras, ahora tengo la realidad. ¿Qué son las cosas que destruí? Que no hay que comer ciertas cosas, que hay que observar ciertas fiestas, etc.

Luego vienen los maestros judaizantes diciendo: «Ustedes recibieron a Cristo, y está bien; pero falta algo: tienen que cumplir los ritos de la ley». O sea, ¿Cristo no es suficiente? Los gálatas están cometiendo una necedad. Ellos tienen a Cristo, pero quieren volver a las sombras. Sí, aquellas fueron nuestro maestro para anticiparnos que un día llegaría el cumplimiento de la ley.

Entonces Pablo dice: «*Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gál. 2:19-20). Miren cómo habla de la carne ahora: «*Y lo que ahora vivo en la carne*». ¿Está extinguida la carne? ¿Fuiste aniquilado ahora que eres cristiano? No, sigues siendo una persona de carne, pero tu carne está sometida al Espíritu.

«Y lo que ahora vivo en mi carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios» (v. 20). Aquí hay armonía entre carne y Espíritu. Una carne bajo el espíritu no es una carne separada del espíritu, porque una carne separada del Espíritu no sirve para nada. La naturaleza humana separada del Espíritu no puede agradar a Dios; pero la naturaleza humana sometida al Espíritu Santo, por la gracia de Dios, está capacitada para vivir para Dios.

El poder de una vida nueva

La manera de hablar del apóstol respecto de la ley podría confundirnos, pero él es muy claro en explicar estos contrastes. Los cristianos no estamos para separarnos de la ley, sino para amar la ley de Dios, pero ya no sometidos bajo un régimen que nos esclaviza.

Ahora tienes dentro de ti el poder de una vida nueva. La ley del Espíritu de vida ha hecho brotar dentro de ti un sentimiento de afecto para amar la ley de Dios, querer lo que él quiere, aborrecer lo que él aborrece y estar de acuerdo con Dios.

Así se cumple esto: «Señor, yo quiero ser como tú eres». Tú fuiste creado para ser portador de la imagen de Dios. ¿Cómo podríamos llegar a ser semejantes a él menospreciando su ley?

Amar la ley de Dios no significa ponerse bajo la ley, en ese concepto de Pablo. Lo que él subraya es estar bajo aquel sistema de la ley que te fuerza a cumplirla. Y cuando no la cumples, te sientes mal. Por eso dice Juan que aquel que es nacido de Dios no peca, porque el Espíritu Santo le indica lo que está mal.

Cuando pasa eso, el enemigo te hace sentir indigno. Entonces tú tratas de esforzarte en cumplir la ley de Dios, porque crees que para estar bien con tu conciencia debes cumplirla fielmente. Pero ese concepto puede llevar a tratar de alcanzar la salvación por obras.

Alguien decía que el Señor pagó el pie de nuestra salvación, pero nosotros tenemos que pagar el saldo de ella; o sea, que tú tendrías que terminar comprando tu salvación. Cuando se predica ese evangelio mezclado, se está diciendo que la obra de Cristo no es completa, que él hizo una parte y tú tienes que hacer la otra. Eso es un error, y hay un gran porcentaje de creyentes que están en ese error. Eso es estar bajo la ley.

Gracia que capacita

¿Qué significa estar bajo la gracia? La gracia es capacitadora. Ella me habilita para que no sea yo, sino Cris-

to en mí. Esto es el evangelio. Esta es la riqueza del evangelio: que aquello que era imposible para mi carne, ahora, por la gracia de Dios, es posible. ¡Bendito sea el Señor!

El evangelio ha despertado en nosotros el amor por Cristo. No me siento obligado a seguirle. Siento una pasión por ser como Cristo es, y también siento un gran dolor cuando él no sale por mí en la vida diaria. Entonces el diablo me dirá que soy indigno e inútil. Sin embargo, el sentirnos bien no depende «de lo que hagamos bien o mal», sino de lo que Dios en Cristo ha hecho por ti y por mí.

Para tener paz con Dios, no pienses que tú tienes que ser tan bueno. No hay ningún hombre bueno. Jesús dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios» (Mat. 19:17), porque él, representándonos, afirmaba que entre los hombres no hay nadie bueno.

Para estar bien con Dios, no tienes que pensar que eres bueno, porque si vas por ese camino serás una persona llena de justicia propia. Y si hay algo que Dios aborrece es que alguien crea tener justicia propia. Si no tienes la justicia que Dios otorga, no puedes adquirirla sino por gracia. Porque si es por obras, ya no es por gracia. ¡Gloria al Señor!

«¡Miserable de mí». ¡Qué tremendo contraste! Sí, en mí mismo no soy nada; soy un pecador, y lamento no ser exactamente como mi Señor. Pero estos quebrantos del alma, estas tristezas por no ser como él, no nos abaten. Porque seguimos creyendo que, a pesar de todo, él nos sigue amando. Este es el evangelio. Vivimos en una permanente contradicción, pero al mismo tiempo en una maravillosa armonía.

¡Gracias, Señor! Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2019.

Leyendo la Palabra

Campbell Morgan, "*el Hombre de la Palabra*", a los sesenta años de edad confesó que, durante los primeros siete años después de su conversión, leyó todos los libros de la Biblia más de cincuenta veces, y que nunca usó un lápiz para hacer alguna anotación sobre alguno de ellos antes de leerlo por lo menos cincuenta veces. Austin-Sparks también dijo: "Me niego a dar alguna apreciación sobre cualquier libro de la Biblia antes de leerlo al menos cuarenta veces". Hay misterios de gracia y de amor en cada página de la Biblia, y es próspera el alma que ve en el Libro de Dios una preciosidad cada vez mayor.

Tomado de *À Maduridade*



Cuando la Palabra es poesía inspiradora
y a la vez espada que traspasa.

Sembrando con lágrimas

Gonzalo Sepúlveda

“

Cuando Jehová hiciere volver la cautividad de Sion, seremos como los que sueñan. Entonces nuestra boca se llenará de risa, y nuestra lengua de alabanza; entonces dirán entre las naciones: Grandes cosas ha hecho Jehová con éstos. Grandes cosas ha hecho Jehová con nosotros; estaremos alegres. Haz volver nuestra cautividad, oh Jehová, como los arroyos del Neguev. Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas”.

– Salmo 126.

En los inicios de nuestra carrera cristiana, cantábamos mucho la letra de este Salmo, aunque tal vez sin mucho conocimiento. Era una esperanza de algo que ocurriría a futuro, sin saber en realidad lo que el Señor haría con nosotros. Hoy, por la gracia del Señor, hay una nueva medida de entendimiento de esta palabra que es poesía y al mismo tiempo profecía. Como poesía, es algo hermoso que puede tocar las emociones, pero como profecía puede también traspasarnos como una espada de dos filos.

Cautiverios y liberaciones

En la versión Reina-Valera 1960, el sentido de los primeros versículos es de esperanza, de algo que habrá de acontecer. *«Cuando Jehová hiciere volver la cautividad de Sion, seremos como los que sueñan»*, algo que está en el futuro.

Curiosamente, otras versiones lo dan como hecho. *«Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sion, éramos como los que sueñan. Entonces nuestra boca se llenó de risa, y nuestra lengua de gritos de alegría; entonces dijeron entre las naciones: Grandes cosas ha hecho el Señor con ellos»* (LBLA).

La historia del pueblo de Israel es una historia de cautiverios y de liberaciones. La entrada de Jacob con sus hijos en Egipto es un relato conmovedor. Él tenía temor de ir allí, pero Dios le dijo: *«No temas de descender a Egipto, porque allí yo haré de ti una gran nación»* (Gén. 46:3), y después ellos volverían a tomar su tierra.

Al principio ellos tuvieron muchos privilegios en Egipto. Pero, pasado el tiempo, se transformaron en esclavos. Sin embargo, después vemos cómo Dios libertó a su pueblo a través de Moisés y Josué. Cuando el ejército de Faraón quedó sepultado

en el mar, ¡cómo se gozaron y cantaron! De verdad se pudo decir: *«Grandes cosas ha hecho el Señor con ellos»*.

Pasado el tiempo, también hubo días de mucha gloria y victoria, como el reinado de David, o la construcción del templo por Salomón. En la época de oro de Israel, todas las naciones podían declarar: *«Grandes cosas ha hecho el Señor con ellos»*.

Sin embargo, más adelante, por su idolatría, de nuevo fueron llevados cautivos. En Babilonia, ¡cómo colgaron las arpas en los sauces, sin poder cantar los cánticos de Sion! Pero hubo hombres que lloraron y clamaron esperando su liberación, y aquel día también llegó. Fueron tiempos de restauración, y hasta sus enemigos tuvieron que reconocer: *«Dios está con ellos»* (Neh. 6:16), porque un puñado de judíos piadosos regresaron a reconstruir la ciudad santa de Jerusalén.

Realmente la mano de Dios estaba con ellos, porque eran un pueblo profético, y a través de ellos vendría el Mesías, nuestro bendito Señor Jesucristo. Así es la historia de Israel. ¡Y qué decir del Israel actual! Aún está fresca la memoria del Holocausto. Nunca en la historia se vio algo tan terrible. Sin embargo, hoy, sus

líderes atribuyen la prosperidad de la nación al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Hoy también el mundo puede decir: «*Grandes cosas ha hecho el Señor con ellos*».

La habitación de Dios

El equivalente de Sion en el Nuevo Testamento, según enseña el hermano Stephen Kaung, es el Señor morando en nosotros; es la vida de Cristo en nosotros. La misma Biblia ayuda a explicar la Biblia. En el Salmo 132:13 leemos: «*Porque Jehová ha elegido a Sion; la quiso por habitación para sí. Este es para siempre el lugar de mi reposo; aquí habitaré, porque la he querido*». ¡Qué lindas palabras!

Y en Juan 14:23, una palabra muy familiar para nosotros, el Señor dice: «*El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él*». ¡Qué bendita realidad es Cristo en nosotros! Es el cumplimiento del Salmo 132. El Señor escogió a Sion como habitación para él. ¡Dios no habita en templos hechos por manos humanas!

¡Qué contraste es todo esto! Los judíos levantaron el magnífico tabernáculo, mas la profecía dice: «*El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me*

habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo?» (Is. 66:1). Aquello era figura de lo que vendría más adelante, esto es, la iglesia, esta riqueza inescrutable, fruto del evangelio.

Pablo lo dice con profundidad, en un lenguaje superlativo: «*El misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*» (Col. 1:26-27). ¿No es hermoso esto?

«*Grandes cosas ha hecho el Señor con nosotros*». Los redimidos del Señor, los que somos de Cristo y le tenemos como Señor y Salvador tenemos este testimonio permanente, porque conocemos sus obras a nuestro favor.

También, esta es una de las bellezas de este Salmo: hay cosas consumadas y otras que aún falta que se completen. Esto esperamos: que allí donde vivimos, estudiamos o trabajamos, otros puedan decir de verdad: «*Grandes cosas ha hecho Dios con ellos*». Que, sin necesidad de palabras, ya sea evidente que Cristo está en nosotros.

Dios obrando

Ahora pues, ¿qué ha hecho el Señor por nosotros? Lo resumiremos en un solo versículo: «*Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*» (2 Cor. 4:6).

Esta palabra tiene un antes y un después. El antes, es solo tinieblas. Es imposible oír esta palabra y no recordar el Génesis. «*Dios mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz*». Antes de aquello, solo había caos, tinieblas, confusión. Nosotros éramos personas que no teníamos

Las tinieblas huyeron; la luz prevaleció. Pero, ¿qué luz? Esto es tan preciso, tan perfecto: «*...resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*». ¡Dios se nos revela poniendo en el primer lugar, a su Hijo. Él es el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último; el que era, y el que es, y el que ha de venir. ¡Qué maravilloso!

Y también este versículo dice: «*en la faz de Jesucristo*», el rostro del Señor. ¿Qué significa para nosotros el rostro del Cristo crucificado? Él estaba padeciendo por nosotros. Él pagó el precio del rescate. Mirándolo a él, con el Espíritu de sabiduría y

El gran desafío de nuestros días no es morir, sino vivir la vida de Cristo, para que el mundo oiga un testimonio que aún no ha oído.

rumbo, pero Dios iluminó nuestros corazones. Y ahí está el después: aquellas grandes cosas que ha hecho Dios con nosotros. ¡Gloria al Señor! Nadie podrá gloriarse en sí mismo diciendo: «Yo busqué, yo tenía hambre de Dios». ¡Dios lo hizo! Fue él quien nos miró con amor y resplandeció dentro de nuestros corazones.

revelación que Dios nos da, nuestra alma descansa. ¡Gracias al Señor por nuestra eterna redención!

¡Y qué decir del rostro de Cristo resucitado! ¡Qué tremendo es esto, qué iluminación, qué riqueza más grande! Cuando Pablo describe en 1 Corintios cap. 15 al Cristo resucitado, parte con el pobre argumento

de los incrédulos. *«Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe»* (1 Cor. 15:12-14).

Con prisa, Pablo desecha ese argumento ignorante, y se produce una verdadera explosión de vida dentro de él, al declarar con autoridad: *«Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida»* (vv. 20-23).

Y el apóstol termina diciendo: *«Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre ... para que Dios sea todo en todos»* (vv. 24, 28). Porque la revelación, la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo está tan arraigada en su corazón, como una riqueza tan profunda.

¡Y qué decir del Señor ascendido, sentado a la diestra de la Majestad en las alturas, que vive para interceder por nosotros ante Dios! Todos los pasajes a los que hacemos referencia son parte de los tesoros que tenemos en el Cristo poderoso y glorioso. ¡Y qué decir del Cristo eterno, cuyo rostro es como el sol cuando resplandece en su fuerza, y su voz como el estruendo de muchas aguas! (Apoc. 1:16).

«Grandes cosas ha hecho el Señor con nosotros». Que esta palabra nos provoque, nos despierte el corazón: es *«el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo».* El Señor dice: *«Yo conozco tu pobreza (pero tú eres rico)»* (Apoc. 2:9). Esta riqueza es nuestra, es Cristo mismo.

Una aparente contradicción

Regresemos al Salmo: *«Haz volver nuestra cautividad, oh Jehová, como los arroyos del Neguev»* (Sal. 126:4). Este versículo es una aparente contradicción, pero en realidad no lo es.

Dijimos en la primera parte que el Señor ya nos restauró. Pero aquí se ruega por ser restaurado. O sea, hay una obra que ya fue hecha, pero hay algo pendiente. Hay un cautiverio del cual ya fuimos liberados, pero hay otro cautiverio que aún parece oprimirnos.

«Haz volver nuestra cautividad». Aquí hay un contraste: que siendo tan ricos, a veces vivimos como pobres. Que, siendo Cristo en nosotros la esperanza de gloria, todavía nuestro rostro no lo refleja. Que, teniendo nosotros un llamamiento celestial, teniendo por delante una carrera, una batalla, a veces parecemos cristianos derrotados y sin rumbo.

A menudo nos traiciona nuestro carácter, y aparecen áreas oscuras que los demás desconocían. Y Dios prepara circunstancias de las cuales quisiéramos huir, pero los siervos más experimentados aconsejan: No trates de huir de aquello que te quema; antes bien, que el Señor te muestre por qué estás pasando esa situación. El Señor todo lo regula, dosificando el fuego de prueba.

¿Te ha pasado que te sientes como nada y que lo perdiste todo? El fuego quita las impurezas que no percibimos. Pero Dios, que nos conoce, quiere vernos puros, y nos purifica por el fuego de la prueba, para que nuestra fe sea hallada como oro puro (1 Ped. 1:7). ¡Cuántas veces una circunstancia difícil, sirve para que aflore una soberbia oculta!

Tal como los judíos, en nuestra carrera hemos pasado por duros cautiverios, tiempos en que no tenemos fuerzas para hablarle a nadie. Pero

hemos visto también días preciosos, en que el río fluye y el fuego arde. Cuando esto ocurre, nada ni nadie puede callar nuestro testimonio. Así es nuestra historia, como la de Israel, una historia de cautiverios y de liberaciones, de dolor y de alegría.

Sion es la riqueza de la habitación gloriosa y poderosa de Cristo en nosotros. Entonces, nuestro clamor ha de ser: «Haz volver, Señor, nuestra cautividad, porque ese tesoro escondido que tenemos, está cautivo en nosotros». Algo de nuestro yo, de nuestra soberbia natural, impide que fluya la vida. Ya no se trata del enemigo faraónico o babilónico. Egipto para nosotros es el mundo que se supone ya dejamos, y Babilonia es el sistema religioso del cual también huimos, escapando de la apariencia para venir a la realidad que es el Señor.

Pero, aun estando posicionados en Cristo, no somos espirituales de manera automática. La cruz no puede ser rehusada, la muerte tiene que operar para que la vida fluya. Un hermano nos decía: «Me da un dolor intenso cuando Cristo no sale por mí; cuando salgo yo, y en esa salida mía, en vez de producir vida produzco muerte y confusión». La vida que está en nosotros nos dice: «Eso no estuvo bien».

Ruego de restauración

«Haz volver nuestra cautividad, oh Jehová, como los arroyos del Neguev». En la geografía de Israel, Dan está al norte y Beerseba al sur, y junto a Beerseba está el Neguev. En el hemisferio norte es más calurosa la zona sur, y en tiempos de sequía los arroyos del Neguev se secan. Pero también existen tiempos hermosos, cuando la lluvia viene, entonces el cauce seco vuelve a tener agua, y si hay agua, hay vegetación y hay vida.

Pero la poesía aquí se transforma en profecía. ¿Cómo nos ve hoy el Señor? ¿Será que estamos pasando por un tiempo de sequía, en que los ríos de agua viva han cesado de fluir? Entonces seremos estériles, o nuestros frutos serán malos; en vez de traer alegría, traeremos dolor, y nuestra vida espiritual se transformará en una miserable rutina. Pero nuestro Dios no nos llamó para eso.

Que el Señor despierte ese clamor en nosotros: ¡Haz volver, Señor, nuestra cautividad como los arroyos del Neguev! Tú y yo fuimos hechos para ser un río. Jesús dijo: «*El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva*» (Juan 7:38), refiriéndose al Espíritu Santo que habría de venir.

No fuimos llamados para ser un río seco. Que sea insoportable sentir la sequedad; resistamos cuando la sequía amenaza, porque nuestro Dios es fuente de aguas vivas. «*Jehová ... manantial de aguas vivas. Sáname y seré sano, sálvame y seré salvo*» (Jer. 17:13-14). Si estamos secos, ¿qué verá el mundo?

En estos días se nos dijo que el desafío de los primeros cristianos era estar dispuestos a morir por Cristo, y muchos murieron por su fe. Gracias al Señor por los mártires. Pero el gran desafío de nuestros días no es morir, sino vivir la vida de Cristo. Necesitamos ser liberados para que el mundo vea un brillo que aún no ha visto, oiga un testimonio que aún no ha oído, y pueda ver una gloria que aún no ha sido expresada.

Tenemos que sentir dolor en el corazón y aun llorar por esto, cuando vemos hermanos ocupados de causas políticas, enredados en cuestiones sociales, como si eso tuviese alguna razón o alguna ganancia. ¡Con qué facilidad nos desviamos de Cristo!

Fuimos hechos para ser un río que fluye y fluye. El agua de Su palabra nos ha estado regando, y nos ha hecho bien. Nos restaura, nos ayuda, nos hace orar, nos hace desear que

el Señor venga, nos hace anhelar ver la iglesia gloriosa. Cuando alguien dice: «Sí, en general, como iglesia, estamos bien», pero, ¿no será que en la realidad esa iglesia está seca? ¡El Señor nos libre! Atesoremos su palabra, porque a través de ella, los ríos volverán a fluir.

Lágrimas y regocijo

«Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla» (Sal. 126:5-6). Los que cultivan los campos no siembran cualquier semilla, sino aquella que les da garantía de calidad. Pero esta es la preciosa semilla: el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo. Cuando ésta es bien sembrada, produce fruto.

El sembrador solo tiene que sembrar generosamente. Los campesinos antiguos llevaban un capacho lleno de granos, tomaban un puñado y lo tiraban, paso a paso, hasta sembrar todo el campo. ¡Qué linda figura!

La preciosa semilla es como una pérdida, algo que va a la muerte. El sembrador se desprende de algo valioso, lo lanza a la tierra, y se olvida. Luego la lluvia riega la tierra, pasa el tiempo, y nacen los brotes. Y el que hizo bien el trabajo, cosecha a treinta, a sesenta y a ciento por uno,

porque la semilla, siendo tan pequeña, tiene el potencial de crecer y de multiplicarse.

¿Cuándo Dios añade?

Amados hermanos, nosotros hemos olvidado algunos versículos de la Biblia y otros los hemos interpretado mal. Por ejemplo, éste: «Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos» (Hech. 2:47). Cuando alguien razona diciendo: «¿Para qué vamos a predicar? Si el Señor quiere, él añadirá a la iglesia», este es un pensamiento no inspirado por el Espíritu del Señor.

No malentendamos la Escritura, porque aquella iglesia a la cual el Señor añadía hijos, era una iglesia que vivía la Palabra. En el libro de Hechos leemos que, aunque algunos resistían, el pueblo los alababa grandemente (Hech. 5:13), porque se estaba viviendo el evangelio en el poder del Espíritu. Los hermanos se reunían a orar y eran llenos del Espíritu Santo. La semilla era sembrada por el testimonio de vida de la iglesia y por la proclamación del evangelio, y las personas se convertían. No era algo automático: para cosechar, hay que sembrar.

Y olvidamos otro versículo: «Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria. Y eran edi-

ficadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo» (Hech. 9:31). Estos eran tiempos de normalidad, no tiempos de sequía. Cuando llega la sequía, no hay siembra ni cosecha.

Aquellos eran tiempos de normalidad; el río de Dios estaba fluyendo. La iglesia amaba al Señor y era fiel obedeciendo el mandato: *«Id y predicad»* (Mar. 16:15). Los siervos tenían esa carga. *«¡Ay de mí si no anunciaré el evangelio!»* (1 Cor. 9:16). ¡Que el Señor nos recupere! Lo normal es que la iglesia se multiplique. Si pasan años y no bautizamos a nadie, ¿no deberíamos estar llorando y clamando?

Todos hemos sido testigos del dolor y la frustración de una familia estéril, esperando la venida de un hijo que nunca llega. Pero también somos testigos de hermanos que han visto el milagro: *«¡Hermanos, mi esposa está embarazada! ¡Un hijo está en camino!»*. Toda la iglesia se llena de gozo. Amados, no nos acostumbremos a la anormalidad, recuperemos el gozo de ver personas de todas las edades rendirse a los pies de Cristo. Soñemos con conversiones auténticas; que veamos a muchos pecadores recibiendo la salvación poderosa de nuestro Señor.

Andando y llorando

«Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla» (Sal. 126:6). Un comentarista dice que es difícil expresar la fuerza de esta palabra tal como fue inspirada. La idea es «andar y andar», y en ese andar, lloramos, llevando la preciosa semilla. Es tan grande lo que tenemos, y por causa de nosotros mismos, esta semilla no es compartida con suficiente poder. Pero vamos de nuevo, esta vez con más lágrimas, sembrando con esperanza, hasta ver el fruto del evangelio.

El Señor no quiere tenernos en duro trato para siempre. Debe llegar un día en que él levanta la disciplina y nos dice: *«¡Ahora, vayan, llenen el mundo, mejor preparados, fortalecidos, más humildes de corazón, dependiendo de mí!»*, viviendo la vida corporativa, la realidad de Cristo, en comunión unos con otros, humillados ante el Señor, para que su Espíritu fluya.

«Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hech. 1:8). El Espíritu fue dado para testificar. Porque el Espíritu Santo utilizará aun una pequeña palabra. Y la preciosa

semilla que está en ti brotará en aquel que la reciba.

En estos días se nos ha dicho que somos siervos. Los siervos obedecen. «*Id y predicad el evangelio*». Las iglesias que se multiplicaban, llevaban poco tiempo; algunos tal vez tenían solo unos cuantos meses de convertidos. Pero si tienes el tesoro, esa riqueza se nota en tu rostro, porque tu boca se llenó de risa, porque grandes cosas ha hecho el Señor con nosotros, y entonces otros también querrán tener lo que tú tienes.

Fruto y aprobación

«*Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla*». Lloramos porque no sembramos bien, o porque el fruto ha sido poco, comparado con el potencial que tiene. Andando y llorando, una y otra vez. Si tan solo nos disponemos, ¡qué cantidad de puertas abrirá el Señor! Si él te ve dispuesto, con el corazón lleno, él te utilizará y podrás hablar a quienes nunca pensaste hablar. «*Mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas*». El siervo fiel va y siembra, y vuelve, lleno de gozo, trayendo su cosecha.

La figura aquí es muy hermosa, especialmente si vemos que salimos

a sembrar enviados por nuestro Señor Jesucristo, y cuando «volvemos», somos los siervos que volvemos a rendir cuentas ante él. ¿Cómo será aquel bendito día que tenemos por delante?

«*Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos*» (Mat. 25:20). ¡Qué maravilloso! Fuimos llorando y sembrando, pero regresamos. Porque hay un día señalado, en el cual tú y yo vendremos ante nuestro Señor, y no queremos llegar con las manos vacías como aquel otro siervo negligente.

Si esto no nos quiebra, ¿qué nos quebrantará? ¿Cómo te presentarás delante del Señor? «Señor, tú me diste el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y yo lo creí. Tu palabra me traspasó, y yo me convertí. Y te amé y amé a los hermanos. Fui frágil, fui torpe, cometí muchos errores. Perdóname todo, pero aquí vengo, Señor. Aquí tienes lo tuyo».

Y el Señor nos dirá: «*Bien, buen siervo y fiel*». Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2019.

Para salvar a muchos, la verdad del evangelio debe ser muy simple y clara.



Un evangelio sencillo

C.H. Spurgeon

“

Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos? Ni está al otro lado del mar, para que digas: ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas”.

– Deut. 30:11-14.

Nuestro Señor Jesucristo dice: «*Si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él*» (Juan 5:46). De ahí que podamos interpretar con seguridad mucho de lo que Moisés dijo, no solo acerca de la ley, sino también del evangelio. En verdad, la ley fue dada para conducir a los hombres al evangelio; estaba destinada a mostrarles la imposibilidad de la salvación por sus propias obras, y llevarlos a la salvación que está disponible para los pecadores.

Este es uno de los pasajes en los que Moisés escribió del Salvador que estaba por venir. Y el

apóstol Pablo cita este pasaje en Romanos 10, no con exactitud verbal, pero dando su sentido, e introduciendo la interpretación de ese sentido que puede aceptarse como decisivo, bajo la influencia del Espíritu de Dios.

Creo que Moisés vio en la total revelación de Dios bajo la antigua dispensación, el espíritu esencial del evangelio, que fue declarado luego más plenamente por nuestro Señor Jesucristo. Moisés habla de la salvación de Dios establecida en los tipos, sacrificios y ordenanzas de la dispensación mosaica, la que Pablo llama, «la justicia de la fe». Pablo ve a Moisés como hablando del propio evangelio, y usando palabras notables concernientes a la salvación por gracia.

Lo que se quiere decir con estas palabras es que el camino de la salvación es simple y claro, no está oculto entre los misterios del cielo, ni tampoco está envuelto en las profundidades de los oscuros secretos que no han sido revelados.

El camino de la salvación se nos entrega de manera directa y fácil, y se pone al alcance de nuestro entendimiento, comunicado en lenguaje humano. Es un tesoro propio, no una rareza extraña. Está, como dice Moi-

sés, muy cerca de nosotros, muy cerca de cada uno que oye el evangelio; porque Moisés lo pone en singular: «*Muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas*».

I. Un camino claro y simple

El camino de la salvación es claro y simple. No necesitas ni ver hacia el cielo ni hacia el mar para encontrarlo: aquí está ante ti; tan cerca como tu lengua, inseparable de ti como tu corazón, como un secreto abierto. Como dice Moisés: «*Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre*» (Deut. 29:29).

Creo que podríamos esperar esto si consideramos la naturaleza de Dios, quien ha hecho esta maravillosa revelación. Cuando Dios le habla al hombre teniendo como propósito su salvación, es natural que, en su sabiduría, le hable para ser entendido. Dios adapta los medios a los fines, y no permite que los hombres pierdan el cielo por falta de claridad. Dios ha hecho una revelación perfectamente adaptada para su fin.

Admito que ciertas partes de la revelación divina son difíciles de ser entendidas, pero en el asunto de la salvación, en donde la vida o la

muerte de un alma están en juego, es necesario que la visión sea clara, y nuestro sabio Señor ha condescendido a esa necesidad. En todo lo relativo al arrepentimiento y a la fe, y a los asuntos vitales del perdón y la justificación, no hay oscuridad; todo es tan recto como un báculo.

Dios, en su gracia, cuando se digna hablar con el tembloroso individuo a quien busca, lo hace a la manera de un padre con su hijo, deseoso que su hijo conozca de inmediato lo que está en su mente de padre. Él explica sus grandes pensamientos de manera adecuada para nuestras limitadas capacidades; él tiene compasión del ignorante, y se convierte en el maestro de los infantes.

Realmente el conocimiento que el Señor nos imparte es sublime, pero su manera de enseñarlo es sencilla, mandato tras mandato, línea tras línea. Él se inclina a los hombres de humilde condición, y mientras esconde estas cosas al sabio, se las revela a los niños: «*Sí, Padre, porque así te agradó*».

Es la manera de Dios que se inclina al humilde y al contrito, que hace que su salvación sea la alegría de los humildes. «*De la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza, a causa de tus enemigos*»

(Sal. 8:2). También podemos esperar sencillez cuando recordamos la intención del plan de salvación. Dios quiere, por medio del evangelio, la salvación de los hombres. Nos pide predicar el evangelio a toda criatura. Era necesario un evangelio sencillo para que fuera predicado a toda criatura.

Gracias a Dios, el sabio aquí es puesto al mismo nivel que un niño; porque el evangelio debe ser recibido por él como un niño pequeño lo recibe. Todo corazón generoso se deleita al pensar que «*a los pobres es anunciado el evangelio*» (Mat. 11:5). Para salvar a muchos, la verdad del evangelio debe ser muy simple y clara, porque estos muchos necesitan una salvación que pueda ser entendida de inmediato.

Si los hombres no pueden salvarse sin tener un largo tiempo de estudio, ciertamente se perderán. Tener un evangelio más allá de la comprensión ordinaria, equivaldría a no tener salvación. Ellos necesitan un evangelio que pueda ser oído y entendido mientras ganan su pan cotidiano. Debe ser claro y sencillo, que puedan verlo y luego guardarlo en la memoria; un evangelio que pueda ser escrito en una línea del cuaderno de un niño, un evangelio que

el más humilde pueda aprender, y amar y vivir por él.

Los hombres pueden aprender todo lo que los libros les puedan enseñar, y no por eso se acercan más al conocimiento de la Verdad. El saber celestial es de otro tipo, y está abierto a todos. *«Bienaventurado eres ... porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos»* (Mat. 16:17).

La palabra de vida está dirigida a los hombres como pecadores y no como filósofos; y por ello el mensaje es sencillo y claro. Además, esperaríamos que el evangelio sea muy sencillo, por las muchas mentes débiles que serían incapaces de recibirlo si no lo fuera. Recuerden a los niños. Si ellos, para su salvación, tuvieran que ser teólogos eruditos, estarían en una terrible situación. Tendríamos que cerrar nuestras escuelas dominicales, o cuando menos esperar hasta que llegaran a una mayor edad.

El evangelio de nuestra salvación salva de la misma manera al de mente débil como al inteligente; llega a quien es lento y tardo igual que al rápido y brillante. ¿No está bien que así sea? El Señor ha dado un evangelio que muchos pueden entender aunque no puedan llegar a com-

prender ninguna otra cosa. Ha puesto delante de nosotros un camino de salvación, que los que tienen pies temblorosos pueden pisar con seguridad sin hallar ningún obstáculo en el que puedan tropezar.

Nuestro evangelio no necesita que nos elevemos hasta el cielo de lo sublime, ni que nos sumerjamos en el insondable mar del misterio; el Señor lo ha traído cerca de nosotros, lo ha puesto en nuestras bocas, y lo ha colocado cerca de nuestros corazones, de modo que los que somos gente común podamos tomarlo como nuestro y gozar de sus bendiciones.

¿Qué ocurriría con los moribundos si el evangelio fuera enredado y complejo? En ocasiones se nos llama para visitar personas que están en sus últimos momentos, enfrentando el juicio sin Dios y sin esperanza. Es una situación triste. Pero no visitaríamos a nadie así si no pudiéramos llevarle un evangelio que puedan entender aquellos cuyas mentes están aturdidas en medio de las sombras de la tumba.

Necesitamos un evangelio que un hombre pueda recibir igual como se toma una medicina, o, aún mejor, como se toma un vaso de agua fría que le da la enfermera que está jun-

to a su cama. Esperaríamos, pues, del objetivo del evangelio que es salvar a muchos, incluyendo a los menos inteligentes, que deba ser muy sencillo; y así lo encontramos.

«Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del

importar sus dones naturales, han sido casi siempre personas que prefieren recurrir a una gran sencillez en su lenguaje.

Podrían decir con Pablo: *«Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto»* (2 Cor. 4:3). No somos como Moisés, que ponía un velo en su rostro. Los verdaderos siervos de Dios se quitan los velos y se esfuer-

El conocimiento de Cristo crucificado es la ciencia más excelente, y la doctrina de la cruz, la filosofía más elevada.

mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es» (1 Cor. 1:26-28).

Los escogidos por Dios son usualmente personas de mente honesta y sincera, que están más deseosas de creer que de discutir. El Espíritu Santo ha abierto sus corazones y los ha afinado para venir al Señor Jesús, y escuchar que sus almas pueden vivir. El conocimiento de Cristo crucificado es la ciencia más excelente, y la doctrina de la cruz, la filosofía más elevada.

Aquellos que han predicado el evangelio con la mayor aceptación, sin

zan por mostrar a Cristo claramente crucificado entre su gente.

Miremos a la revelación misma, y veamos si no está cerca de nosotros. Aún en los días de Moisés, ¡cuán evidentes eran ciertas cosas! Debe haber sido claro para cada israelita que el hombre es un pecador, si no, ¿cuál sería la razón del sacrificio, de las purificaciones y los lavamientos? Toda la economía levítica proclamaba a gran voz que el hombre ha pecado: los diez mandamientos retumbaban con esta verdad.

Era evidente también que la salvación es por el sacrificio. No pasaba ningún día sin el cordero de la mañana y el de la tarde. Durante todo

el año había sacrificios especiales por medio de los cuales la doctrina de la expiación por la sangre se declaraba claramente. Era evidente también la doctrina de la fe; cada persona que traía un sacrificio ponía su mano sobre la víctima, confesaba su pecado, y por ese acto transfería su pecado a la ofrenda.

De esa manera se describía típicamente a la fe como el acto por el que aceptamos la propiciación preparada por Dios, y reconocemos al Sustituto dado por Dios. Era claro para cada israelita que esta limpieza no era el efecto de los propios sacrificios que servían de tipos, porque no los habrían repetido año tras año y día tras día. El recuerdo del pecado se repetía una y otra vez, para que Israel conociera que los sacrificios visibles apuntaban a una auténtica forma de limpieza, y estaban diseñados para presentar al Cordero bendito de Dios que quita el pecado del mundo.

Los israelitas eran exhortados continuamente a servir al Señor con todo su corazón. Eran exhortados a la santidad y se les advertía contra la trasgresión y se les enseñaba a obedecer de corazón los mandatos del Señor. De manera que, aunque la dispensación pueda ser considerada una sombra comparada con el

día del evangelio, de manera real y positiva era lo suficientemente clara. Aún entonces, la palabra estaba cerca para ellos, en su boca y en su corazón.

Si puedo decir esto de la dispensación mosaica, puedo asegurar con energía que en el evangelio de Cristo la verdad es ahora manifiesta más abundantemente. Benditos son nuestros ojos porque vemos y nuestros oídos porque oímos cosas que profetas y reyes desearon en vano ver y oír. Ahora nuestro Señor habla claramente. Hoy oímos a cada hombre hablar en su propio idioma acerca de las maravillas de Dios.

2. Una palabra muy cercana

En segundo lugar, la palabra ha venido muy cerca de nosotros. Suplico a quienes no son convertidos que escuchen con atención. Para todos nosotros el evangelio ha venido muy cerca. Ciertamente muy cerca de ti está la palabra, en tu boca. Es algo de lo que puedes hablar; has hablado de ella; y sigues hablando de ella. Es algo tan familiar en sus bocas como el lenguaje materno.

La mayor parte de ustedes es capaz de hablar de ella con otros, pues la aprendieron en la escuela dominical. La cantan en los himnos; la leen en libros, y en folletos y en revistas; y

la escriben en cartas para sus amigos. Me da gusto que la tengan en su bocas: entre más, mejor: ¡Qué cerca ha venido! Oh, pero que la lengua de ustedes también pueda ser capaz de decir: «¡La creo, acepto a Jesús como mi Salvador. Confieso mi fe ante los hombres!». Entonces estará aún más cerca.

La palabra de vida no es una cosa que no se pueda conocer, y por consecuencia que no se pueda hablar de ella: es una cosa que puede ser hablada por lenguas como las nuestras cuando estamos sentados en casa o cuando vamos por el camino. No hay nadie entre nosotros que no entienda el evangelio que ha oído. Si perecemos no es por falta de lenguaje sencillo. La palabra está en la lengua de todos.

Moisés también agregó: «*Y en tu corazón*». Para los hebreos, corazón no significa los afectos, sino los elementos internos, que incluyen el entendimiento. Ustedes pueden entender el evangelio. Quien cree en el Señor Jesucristo será salvo, no es una frase oscura. La salvación por gracia por medio de la fe es una doctrina tan evidente. Que Jesucristo se entregó Él mismo para morir en lugar de los hombres, para que quien creyera en Él no pereciera, sino que tuviera vida eterna, es algo que pue-

de ser entendido por el menos educado de los hombres bajo el cielo.

Además, las doctrinas del evangelio son tales que nuestra naturaleza interna da testimonio de la verdad de ellas. Cuando predicamos que los hombres son pecadores, tu conciencia dice: «Es verdad». Si lo creen, este evangelio será tan sencillamente verdadero que cada parte de la naturaleza de ustedes lo testificará.

Muchos de nosotros hemos aceptado este camino de salvación; ahora amamos esta palabra y nos deleitamos en ella, y para nosotros es el modo más sencillo y más sublime que pueda concebirse. Nuestras almas viven de él y en él, como el pez vive en el mar.

¡Cuán contentos estamos de que no tengamos un evangelio envuelto en jeroglíficos! Ha entrado en nuestros corazones, habita dentro de nosotros, y ha llegado a ser el Señor de nuestra vida.

El evangelio no contiene ni dificultades ni oscuridades excepto las que nosotros mismos creamos. Lo que consideramos como oscuridad es en realidad nuestra propia ceguera. Si no crees en el evangelio, ¿por qué es que no crees en él? Se apoya en la mejor evidencia, y en sí mismo es evidentemente verdadero. La razón

de la incredulidad está en parte en la tendencia natural del hombre hacia el legalismo. La naturaleza humana no puede creer en la gracia inmerecida. Está acostumbrada a comprar y vender, y por lo consiguiente debe traer un precio en su mano: tener todo por nada parece imposible.

La noción de un salario que debe ganarse es bastante natural; pero que la vida eterna es el don de Dios no se percibe fácilmente; sin embargo así es. La vida eterna es el don gratuito de Dios, que él da a los hombres no por nada que haya en ellos, o algo que hayan hecho, o sentido, o prometido, sino por Su propia infinita riqueza, y el deleite que tiene al mostrar su misericordia.

No se puede introducir la idea de la gracia en la cabeza del hombre natural; se requiere de una divina operación quirúrgica para abrir la vía de entrada para esta verdad en nuestras mentes; sí, se requiere que podamos ser hechos nuevas criaturas antes que podamos verla.

Que Dios libremente perdona, y que ama a los hombres solo porque Él es amor, es un pensamiento divinamente simple, pero nuestros prejuicios egoístas rehúsan aceptarlo. En muchas ocasiones es el orgullo el

que hace que parezca tan difícil el evangelio. Cuando el evangelio viene con el único mensaje, «Crean y vivan», el orgullo no estará de acuerdo en ser salvado en términos tan pobres. Sin embargo, así es; acéptenlo, y tienen la salvación; extiendan su mano y tomen lo que Dios otorga tan libremente.

El evangelio es lo suficientemente sencillo en sí mismo para un corazón humillado por la gracia. Cuando caen de nuestros ojos las escamas del orgullo, vemos bastante bien. El hombre creará a cualquier persona excepto a Dios. Esto es también causado por el amor al pecado. Los que no quieren renunciar a sus pecados pretenden que el evangelio es muy difícil de entender, o casi imposible de aceptar, y así se excusan para continuar en su iniquidad.

Después de todo, ¿acaso alguien realmente siente que es justo echarle la culpa de su incredulidad a Dios? No hay nadie tan ciego como aquellos que no quieren ver: tu ceguera es voluntaria. ¿Quieres entender? Si no deseas reconciliarte con Dios, no le imputes tu condena a él, quien en infinita bondad ha traído su palabra tan cerca de ti. La salvación es del Señor, pero la condenación es solo del hombre.

3. Un evangelio para recibir

Finalmente, el objetivo de esta sencillez y cercanía del evangelio es para que lo recibamos. El texto lo expresa claramente: *«Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas»*. Algunos pueden ahora decir: *«Es la vieja historia, siempre estamos oyendo eso»*. ¿No quieren dar un paso adelante, y ya no ser sólo oidores? *«Para que la cumplas»*. Ahora, entonces, ¡háganlo!

No se envía el evangelio a los hombres para satisfacer su curiosidad dejándoles ver cómo otra gente se va al cielo. Cristo no vino a entretenernos, sino a redimirnos. Su palabra no está escrita para nuestro asombro, pero estas cosas *«se han escrito para creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre»* (Juan 20:31). El evangelio tiene siempre una encomienda presente, urgente, práctica. Y advierte a los hombres que no endurezcan sus razones. Observen otra vez cómo el texto pone su última advertencia en singular: *«Para que la cumplas»*.

Así como la palabra de Dios no se envía para satisfacer la curiosidad, tampoco se envía para informarles con frialdad de un hecho que pue-

den poner en un estante para uso futuro. El Evangelio se nos envía como maná para el día de hoy. Oh, lector, te reto a que aceptes ahora mismo la salvación presente, para que de inmediato puedas hacer lo que la palabra requiere de ti.

¿Qué se debe hacer? Hay dos cosas que hacer. Primero, que tú creas en el Señor Jesucristo como tu Salvador. Tómalo como tu sacrificio: confía solo en él plenamente como tu rescate del pecado. Tómalo para que sea tu Señor así como tu Salvador: entrégate a él, y deja que él sea tu todo en todo.

La segunda cosa es que confieses al Señor con tu boca. Confiesa que eres un creyente en Jesús, y su seguidor. Él ha dicho: *«El que creyere y fuere bautizado, será salvo»* (Mar. 16:16). Pero que tu confesión sea sincera; no le mientas al Señor. Confiesa que tú eres su seguidor, si efectivamente lo eres; y de ahora en adelante y por toda tu vida lleva Su cruz y síguelo. Esto es lo que debes hacer; rendirte a Él a quien Dios ha designado para salvar a su pueblo de sus pecados.

«Pero», dice alguien, «pensé que habría una cierta experiencia, pero es algo tan sencillo: pienso que es hasta demasiado sencillo». Lo sé; lo

sé. Y como es tan sencillo contienen contra él. ¡Qué locura! A veces peleas porque es muy duro, y luego porque es demasiado sencillo. ¡Cuán necia es la voluntad del hombre!

Llévate a aceptar a Cristo como tu Salvador requiere un milagro de gracia. Deja que te salve, eso es todo. Si estás deseoso de tener a Cristo, Cristo es tuyo. Cree que es tuyo y ten la paz. Al ponerte en el lado del Señor, reunirás fuerzas para vencer los pecados que ahora te asedian, y serás ayudado para trabajar en tu propia salvación con temor y temblor, porque Dios es el que produce en ti tanto el querer como el hacer, para cumplir su buena voluntad.

El apóstol Pablo, pensando en lo que Moisés dijo acerca de subir al cielo o descender a la profundidad del mar para hallar el secreto sagrado, dice: «Eso es correcto, Moisés; era necesario que alguien descendiera de igual manera que era necesario que alguien subiera: pero esa necesidad ha dejado de ser». Todo el evangelio descansa en esto: Había Uno en el cielo a la diestra del Padre, y para salvarte a ti, el Hijo de Dios descendió, aún a las partes más bajas de la tierra, en dolor, en rechazo, en agonía, en muerte. Porque él vino bajo el peso y la maldición del pecado, él bajó ciertamente.

Como Jesús ha bajado así y ha llevado el castigo del pecado, el que cree en Él es justificado. Porque el Señor descendió del cielo, el pecado del pecador es borrado, y la trasgresión del creyente es perdonada. ¿Crees tú esto? ¿Crees tú que Jesús cargó con tus pecados en su propio cuerpo en el madero? ¿Confiarás tú en ese hecho? ¡Tú eres salvo! No lo dudes.

Hasta ahora esto te limpia del pecado. Pero era necesario que nosotros no fuéramos solo lavados del pecado, sino que teníamos que ser revestidos con la justicia. Para ese fin nuestro Señor Jesús se levantó otra vez, y así vino de las profundidades. Su resurrección ha traído a la luz nuestra justicia, nos ha cubierto con ella; de manera que en este momento todo hombre que cree en el Salvador resucitado está vestido con las ropas reales de la justicia de Dios.

«Si creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo» (Rom. 10:9). *«En él es justificado todo aquel que cree»* (Hech. 13:39). Así dice la Escritura. ¿Ves tú esto? Yo lo creo con todo mi corazón, y por eso lo confieso con mi boca, y soy salvo. ¡Cree y confíesalo! Esta es la entrada al camino de la vida eterna. Amén.

Condensado de www.spurgeon.com.mx

La conducta de los súbditos del Reino

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Mateo capítulo 7

En este capítulo tenemos la última parte del Manifiesto del Rey, con un epílogo que se refiere al efecto producido en la multitud que le había escuchado, mientras enseñaba así a sus discípulos. En esta última parte encontramos ciertas aplicaciones finales de las cosas ya dichas. Algunas de ellas revelan la actitud verdadera de los súbditos del Reino hacia otros, es decir, hacia los extraños (vs. 1-12); y las otras, la relación de los súbditos del Reino hacia las cosas eternas.

Juicio y discernimiento

Al tratar de la actitud de los súbditos del Reino hacia los extraños, el Señor Jesús expresó algo que a primera vista parece una contradicción;

no hay, por supuesto, tal contradicción, sino aparente, en el hecho de que primero dijo: «No juzguéis, para que no seáis juzgados» (v. 1), y luego: «No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos» (v. 6). Lo primero constituye un mandamiento a no juzgar; y lo segundo es un mandamiento que necesita, en cierta forma, ejercitar el juicio. Las dos cosas son realmente complementarias y deben ser consideradas cuidadosamente.

Primero, se prohíbe el juicio; y luego, se prescribe el discernimiento. A fin de entender mejor esto, es necesario que nos cuidemos de la interpretación del significado de lo que juicio quiere expresar. El término traducido aquí por «juicio,» es uno que tiene muchas y variadas

aplicaciones, pero que siempre tiene el mismo valor céntrico. El término griego significa sencillamente distinguir o decidir, pero tiene matices variados de valor, en su uso.

Aunque sea algo mecánico, puede ser sugestivamente provechoso indicar los términos diversos con que se traduce este verbo: vindicar, concluir, condenar, decretar, determinar, estimar, juzgar, recurrir a la ley, poner pleito, ordenar, poner en duda, sentenciar y pensar. Es evidente que aun cuando todos estos términos tienen una idea común subyacente, a fin de comprender mejor el significado de la palabra en todos sus aspectos, debemos estudiar el contexto.

¿Cuál es entonces aquí, el valor peculiar del término? El último de los mandatos que estamos considerando, en el cual hay un acto de discernimiento y distinción necesario, muestra que cuando nuestro Señor dice: «*No juzguéis*», no quiere decir, por cierto, que no usemos nuestra razón y hagamos decisiones como resultado de ello. No hay duda de que la palabra se emplea aquí en el sentido de una crítica rígida y condenatoria. Podríamos de manera apropiada interpretar el mandamiento leyendo así: «No condenéis, para que no seáis condenados».

Al expresar este mandamiento, nuestro Señor dio dos razones contra tal inclinación a la censura que pronuncia veredictos y pasa sentencias sobre nuestros semejantes. Una es que si yo juzgo a mi prójimo, mi prójimo me juzgará también.

Permítaseme decir que no hay ningún acto contra el cual alguien tiene el derecho de protestar con más firmeza, que éste de ser juzgado por otro que no puede, por medio alguno, saber toda la verdad acerca de aquél a quien está juzgando. Por lo tanto, a causa de que el conocimiento de nuestros prójimos es esencialmente limitado, no debemos juzgarlos nunca con un juicio que es condenatorio.

La viga en el ojo

Una razón más por la cual no debemos juzgar, es por nuestra incapacidad para formarnos un juicio correcto, no solo a causa de nuestro conocimiento limitado, sino por lo que el Señor aquí llama la viga en el ojo. Hay dos palabras que llaman la atención y que no se vuelven a encontrar en todo el Nuevo Testamento, sino aquí: «*viga*» y «*mota*». Una viga es literalmente un tronco de árbol o un gran pedazo de madera; una mota no es más grande que una partícula de polvo. La ilustración es per-

fecta, como representación de un defecto de gran magnitud en nosotros, que nos impide poder tratar con un defecto de menor magnitud en los demás.

La viga es realmente el espíritu de esa inclinación a censurar que está siempre buscando algo malo en los otros, para imputar y condenar. Tal espíritu deforma nuestra visión, y hace imposible cualquier proceder correcto con algo malo de nuestro hermano. La implicación de todo esto es que la única cosa que debemos querer hacer, es remover la mota del ojo de nuestro hermano; y que esto es imposible, si nos acercamos a él con ese espíritu implacable, condenando de antemano lo que vemos.

Con mucha frecuencia se han interpretado estas palabras de Jesús diciendo que si un hombre está cometiendo alguna forma vulgar de pecado, se incapacita para corregir a otro que está cometiendo una forma menos grave; pero debemos decir desde luego que nadie que vive en tal forma de pecado, se atreve a corregir a su hermano. El significado, como ya hemos dicho, es de mucho más alcance que esto. La viga se refiere siempre a la actitud del que ve la mota, y se cree con derecho a condenar.

En último análisis, esas palabras de nuestro Señor, descartan a todos los hombres como incapacitados para formarse una opinión correcta acerca de su hermano, si ella implica condenación. Nosotros no hemos de usurpar el trono de Dios, quien es el único que juzga con juicios justos; nadie puede hacer nada para remover la mota del ojo de su hermano, a menos que esté libre de todo deseo de condenarle.

El valor de las cosas santas

Todo lo anterior nos lleva al mandamiento: «*No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos*». Nos quedamos sorprendidos por la naturaleza extraña de estas palabras salidas de los labios de nuestro Señor. Me refiero a los términos «*perros*» y «*puercos*». No hay duda que Pedro se las oyó aquel día, y encontramos como un eco de ellas en su segunda epístola: «*El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno*» (2 Ped. 2:22).

Esta viva descripción se refiere a todos aquellos que de una manera positiva y definida, son hostiles a Dios y no tienen ningún sentido del valor de las cosas santas o de la belleza de las perlas. Frente a este hecho debe haber, de parte de los súbditos

El día de prueba para la edificación de la casa no es el día luminoso, sino aquel cargado de sombras y de tempestad.

tos del Reino, una actitud y un proceder de diferenciación. Estamos para custodiar las cosas santas y las perlas de gran precio, y no tenemos derecho de dárselas a los perros o de arrojárselas a los puercos.

Surge la cuestión de si los súbditos del Reino han sido culpables de proceder de esta manera, y me temo que debemos admitir que con frecuencia hemos fallado en este punto. Estamos dando lo santo a los perros y echando las perlas delante de los puercos, cuando admitimos, para servir a Cristo, a quienes le son abiertamente hostiles. No puedo estar de acuerdo con nadie que piense que al poner a alguien a trabajar por Cristo, le ganará para Su causa. No tenemos derecho de poner a nadie a trabajar para el Rey, hasta que no esté por completo entregado a Él.

Todas las aplicaciones de detalle deben contemplarse a la luz de una aplicación general destacada. Se ha afirmado algunas veces que la obra

cristiana dio un gran paso hacia adelante cuando el emperador Constantino abrazó la causa del cristianismo; pero es una realidad admitida que aquella fue una de las horas más sombrías que ha tenido la iglesia. El acto de Constantino se basó por completo sobre la conveniencia política, y arrastró a toda la iglesia a una atmósfera de paganismo. En esa hora, la iglesia consintió en dar lo santo a los perros y en echar sus perlas delante de los puercos. Siempre que las fuerzas espirituales se rinden al dominio de las fuerzas del mundo en cualquier forma, el resultado es que tales fuerzas se vuelven contra la iglesia y la hacen pedazos.

En todo esto se revela la necesidad de hacer distinción en nuestras actitudes hacia aquellos que se encuentran fuera del Reino.

La diferencia entre esa actitud de censurar y la de hacer distinción es tan sutil, que realmente es difícil, y puede crear en nosotros cierto temor. Permítaseme decirlo de otro modo: ¿cómo vamos a vivir en un mundo como éste, observando estos dos principios, que son aparentemente contradictorios, pero que realmente son complementarios? ¿Cómo vamos a obrar para obedecer el primero de estos mandamien-

tos, que nos prohíbe emitir juicios finales de condenación sobre los demás, y al mismo tiempo hacer una distinción cuidadosa a fin de guardar lo santo de los perros y las perlas de los puercos? Tales preguntas son necesarias y vitales.

Pedir, buscar y llamar

La respuesta se encuentra en las palabras de nuestro Señor que vienen inmediatamente después: «*Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá*» (v. 7).

Preguntamos de nuevo, ¿quién está capacitado para vivir la vida libre de ese espíritu de censura, y al mismo tiempo saber discernir de una manera equitativa? La respuesta está en estas palabras, las cuales nos permiten entrar hasta el sitio donde nos ponemos en relación con las fuerzas espirituales.

Estas palabras de Jesús son al mismo tiempo la carta magna de la oración y la divisa de la investigación científica. Tomemos primero esta última. La ciencia, tal como la conocemos hoy en día, es la actividad que siempre está pidiendo, buscando y llamando. Todas estas actividades reconocen la existencia de un ámbito espiritual al cual solo se puede llegar por medio de ellas; pero el cual, una vez alcanzado, nos capacita para

discernir, y al mismo tiempo nos libra de cualquier actitud final de juicio condenatorio.

En los tres términos empleados, «*pedid ... buscad ... llamad*», hay una graduación de pensamiento. El término griego que se traduce como «*pedid*», reconoce la dependencia del alma; «*buscad*», sugiere esfuerzo. La combinación de ambos términos nos hace ver que tanto en la oración, como en la investigación, debe haber siempre esta fusión de dependencia y de esfuerzo. El término final, «*llamad*», no es más que la unión de estas dos cosas.

Aun cuando podemos hacer con toda propiedad aplicaciones mucho más amplias de tales palabras de nuestro Señor, nos limitaremos a decir que la primera está relacionada con este gran problema de la convivencia con aquellos que se encuentran fuera del Reino, a fin de no ser, por una parte, severos con ellos; y por la otra, cumplir con el motivo verdadero de la discriminación.

Jesús nos reveló la actitud que Dios adopta como respuesta al modo de proceder del hombre que reconoce y hace uso del mundo espiritual en su trato con Él. Si pedimos, él está dispuesto a dar; si buscamos, él es quien provee la respuesta a la bús-

queda; si llamamos, él es quien abre la puerta. Es más, el verdadero carácter de Dios está revelado en el uso que hizo nuestro Señor de la palabra Padre. El Padre es Aquel que sabe cómo dar buenas dádivas a sus hijos.

Haciendo un resumen de lo expuesto, diremos que, cuando surge la pregunta en nosotros de cómo podemos vivir tal como se nos ordena en un mundo como éste, se nos responde: «*Pedid ... buscad ... llamad*». Nuestro Padre está allí, y todo el poder y toda la sabiduría necesarios para la vida, están a nuestra disposición. Cuando pedimos y buscamos y llamamos, nos estamos poniendo en contacto con la Sabiduría final y con el Poder último.

En el centro mismo de esta Sabiduría, por siempre inspiradora, y de este Poder, eternamente guiador, se encuentra el corazón de Dios. De donde, si nosotros vamos a vivir como debemos en el mundo y entre gente hostil en gran manera al reinado de Dios, se hace imperativo el conservarnos en contacto con el amante corazón de Dios, quien siempre está dispuesto a darnos lo que pedimos, a recompensar nuestra búsqueda con el hallazgo y a abrirnos la puerta cuando llamamos.

La Regla de Oro

Ello, en sí mismo, hace este código ético de nuestro Señor, distinto de cualquier otro que se haya dado en el mundo. En ninguna otra parte podemos encontrar la oración presentada como el secreto de la conducta. Es esta la ética final, la ética del Rey, y la del Reino último.

Al llegar a este punto, enfrentamos lo que hemos dado en llamar la Regla de Oro. «*Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas*» (v. 12). Notemos cómo la expresa nuestro Señor. Comienza con un «*Así que*», que relaciona la exigencia de la Regla de Oro con lo que se ha dicho ya antes, respecto al método de vida que resulta de pedir, buscar y llamar. Sea la que fuera la responsabilidad que la Regla de Oro implica, ya han sido descubiertos y puestos a nuestra disposición los recursos que facilitan nuestra obediencia, en las palabras que hablan de la posibilidad de relacionarnos con Dios por medio de la oración.

Es un hecho notable la amplitud con que la idea de la Regla de Oro ha impresionado a la humanidad. Se ha dicho que el ideal no es peculiar de

las enseñanzas de Jesús, ya que ha encontrado expresión en otros maestros. Hillel, el fundador de la escuela farisaica de teología, dijo: «No hagas a tu prójimo lo que a ti te es odioso». Sócrates expresó: «Aquello que los otros te hacen, que provoca tu disgusto, no se lo hagas a ellos». Aristóteles dijo: «Debemos echar cargas sobre los demás, en la medida en que deseemos que ellos las echen sobre nosotros». Confucio dijo: «Lo que no quieras que te hagan, no lo hagas a otros».

Aparentemente todas estas frases suenan como la Regla de Oro, pero al considerarlas detenidamente encontramos una profunda diferencia. Cada una de ellas es negativa o pasiva, en tanto que el mandamiento de Cristo es positivo y activo. El motivo del mandamiento de Hillel fue la protección del yo de aquello que es odioso; y lo mismo sucede con la expresión de Sócrates, con el consejo de Aristóteles y con la enseñanza de Confucio.

Todas sus palabras dan la sensación de egocentrismo y de búsqueda egoísta; mientras que en la Regla de Oro, expresada por Jesús, se nos ordena ir y hacer a otros como deseáramos que ellos nos hicieran, estando en idénticas condiciones. Es un mandamiento que reúne todas las

notas de la vida dominada por el amor y que las condensa en una sola frase.

Hemos, de esta manera, examinado a grandes rasgos Su enseñanza, en aquello que tiene que ver con las relaciones de los súbditos de Su Reino hacia los que no pertenecen a él.

Los súbditos del Reino y las cosas eternas

Examinemos ahora la parte final, que trata de las relaciones de los súbditos del Reino hacia las cosas eternas. Hay tres frases distintivas: «*Entrad*» (v. 13); «*Guardaos de los falsos profetas*» (v. 15); «*No todo el que me dice: Señor, Señor*» (v. 21). Estas palabras constituyen una triple obligación y se encargan de presentar la enseñanza que hace ver la relación que guardan los que están dentro del Reino, hacia las cosas permanentes y eternas.

En la primera de las frases mencionadas, nuestro Señor retrocede hasta el comienzo, hasta el camino que conduce al Reino, hasta la entrada por la puerta estrecha. Habla de dos caminos de vida, el ancho y el angosto; pero veamos con cuidado lo que dice en cada caso. No es suficiente leer acerca de ellos y pensar que el camino espacioso y la puerta ancha son símbolos del camino de

la rebelión; o que el camino de la sumisión está representado por la puerta estrecha y el camino angosto. Todo esto es verdad, pero no toda la verdad.

Hablando del camino de la rebeldía, Jesús dijo: «*Porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a perdición*» (v. 13); y al referirse al sendero de sumisión expresó: «*Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida*» (v. 14). El resultado constituye la prueba final de valor. Delante de nosotros se extiende el camino espacioso de la vida y se abre la puerta ancha, ambos aparentemente reacios a cualquiera restricción; pero si se les observa, se descubrirá que constantemente se van estrechando hasta terminar en destrucción.

Al camino del Rey se entra por una puerta estrecha y por un sendero angosto, pero el camino se va ensanchando, hasta que al final concluye en la vida en plenitud. De este modo, finalmente, nuestro Señor lleva a sus súbditos al punto de partida, y nos da a entender que si el principio es lo que debe ser, el programa y el progreso serán de acuerdo con los propósitos divinos.

Entonces, cuando los pies van caminando por el sendero angosto y mo-

viéndose hacia la plenitud de la vida, se necesita de la instrucción y de la dirección. Se dice que en los días apostólicos los primeros discípulos continuaron perseverando en la doctrina apostólica. De ahí la necesidad de tener cuidado en lo que se refiere a aquellos a quienes vamos a enseñar.

Además, sus palabras revistieron un significado solemne cuando previno a sus súbditos contra lo despreciable de toda declaración que no es reforzada por la acción. Habló de un día cuando muchos lo llamarán Señor y declararán las cosas que han hecho en Su nombre; agregando que los tales han hecho todo, excepto la voluntad de Dios, y a los cuales tendrá que decirles: «*Nunca os conocí*» (v. 23).

Toda esta enseñanza la concluyó en palabras de augusta majestad. Refiriéndose a lo que había dicho en la frase «*estas palabras*», declaró el valor de tales palabras bajo la figura de la edificación. Nuestro Señor admitió que todo hombre está edificando, e insistió sobre la importancia suprema de los cimientos sobre los cuales descansa el edificio. Insistió en que el día de prueba para la edificación de la casa no es el día luminoso, sino aquel cargado de sombras y de tempestad; y que to-

dos aquellos que edifican sobre Sus palabras encontrarán que lo que han edificado permanece inmovible; mientras que todos los que edifican sobre cualquiera otro fundamento, se darán cuenta de que su edificio se viene abajo. Los hombres y las mujeres que edifican sobre Sus enseñanzas, edifican para siempre, y ninguna tempestad es capaz de destruir aquello que han edificado.

El efecto en la multitud

En los versículos finales, Mateo apunta dos cosas; primera, el efecto producido sobre las multitudes que le oyeron; y segunda, la razón de tal efecto. El efecto que Jesús produjo en las multitudes fue de admiración, y la razón de ello es *«porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas»*.

Lo que llama la atención al hablar de la autoridad de Jesús, es que se le compara con los escribas. Éstos eran los maestros autorizados, pero la autoridad de Jesús no provenía de una posición oficial, sino que procedía de la verdad inherente e irrefutable de aquello que había dicho.

Tal autoridad permanece. Es posible decir que el idealismo es de tal naturaleza que es inaccesible. Así es ciertamente hasta que se verifica una transformación en el hombre. No es posible, sin embargo, poner en duda la perfección del idealismo.

Concluimos el examen del Manifiesto, recordando que Aquel que lo proclamó proveyó, finalmente, todo lo que era necesario para prestar obediencia a sus demandas.

De Grandes capítulos de la Biblia.

Un caramelo compartido

Gipsy Smith, un evangelista, conducía una reunión en Aberdeen. Al finalizar, sintió que una mano tiraba una y otra vez de su chaqueta, y pensó que alguien quería hablar con él. Volviendo el rostro, vio arrimado a su rodilla, a un niño, quien con una mano se cogía a su pantalón, mientras con la otra se esforzaba en ofrecerle un caramelo envuelto en papel dorado. "¿Qué quieres, pequeño?", le preguntó. "Quiero darle este caramelo, señor". "Pero, ¿por qué?". "¡Oh, querido señor! Mi padre era muy, muy malo; él bebía y nos pegaba mucho. Ahora es un hombre cristiano; es muy bueno, y nunca más nos ha pegado. Por eso quiero darle este caramelo a usted que lo convirtió. ¿Lo quiere?". Conmovido, aquel siervo de Dios tomó el dulce, lo partió en dos y le dio la mitad al pequeño, comiéndose el resto, muy gozosos los dos.

Samuel Vila

La crianza de los hijos

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

Watchman Nee

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4).

Los nuevos creyentes, especialmente los que ya son padres y los futuros padres, deben saber que, así como no es fácil ser un marido o una esposa, es aun más difícil ser padre o madre. Ser un esposo o una esposa es, sobre todo, una preocupación personal; ser padre afecta a otros. Un marido o una esposa solo afecta la vida de su pareja, pero los padres influyen en la vida de la próxima generación. El futuro de los hijos depende de los padres. Por lo tanto, la responsabilidad de los padres es grande.

Dios ha entregado en nuestras manos el cuerpo, el alma, los pensamientos, la vida y el futuro de nuestros hijos. Nadie puede influir sobre otra persona más de lo que los padres influyen en el destino de sus hijos. Ellos pueden prácticamente

encaminar a su descendencia al cielo o al infierno. Cuán delicada es su responsabilidad. Deben aprender a ser buenos padres, así como a ser buenos esposos, pero su rol como padres probablemente sea más serio que su papel como cónyuges.

Santificate a ti mismo

1. Debes santificarte

Todos los padres deben santificarse por el bien de sus hijos. Esto significa que, a pesar de ser libres para hacer muchas cosas, no lo harán por causa de los hijos. Hay muchas palabras que ya no se sienten libres de pronunciar debido a sus hijos. Desde el día en que un niño llega a la familia, los padres necesitan santificarse.

Si no puedes controlarte a ti mismo, ¿cómo podrás controlar a tus hijos?

Si no puedes gobernarte a ti mismo, ¿cómo podrás gobernarlos a ellos? Una persona sin hijos solo se perjudica a sí misma por su falta de control, pero aquella que tiene hijos los destruye a ellos tanto como a sí misma.

Por lo tanto, tan pronto como un creyente tiene hijos a su cargo, debe santificarse. Por el resto de su vida habrá dos, cuatro o más pares de ojos mirando constantemente. Aun después de que un padre ha dejado este mundo, aquellos ojos seguirán recordando lo que han visto.

2. Desarrolla un sentido de responsabilidad sobre tus hijos

El fracaso laboral o el fracaso matrimonial no pueden compararse con el fracaso en la paternidad. ¿Por qué? Porque cuando alguien ya es adulto, está capacitado para cuidarse solo; pero el hijo que ha sido encomendado en tus manos no puede protegerse a sí mismo. ¿Podrías presentarte delante del Señor y decirle: «Me confiaste cinco hijos y perdí tres de ellos», o: «Me encargaste a diez y perdí a ocho»?

La iglesia no puede ser fuerte si carece de este sentido de responsabilidad. ¿Cómo puede el Evangelio ser extendido sobre la tierra si pierdes a aquellos que son tuyos y luego tie-

nes que tratar de recuperarlos del mundo? Al menos, debes traer a tus propios hijos al Señor. Es un error no criarlos en la disciplina y amonestación del Señor. Recuerda, es responsabilidad de los padres criar a sus hijos en el Señor.

3. No tener un doble estándar

Para llevar a tus hijos a Dios, tú mismo debes caminar con Dios. No pienses que por apuntar con tu dedo hacia el cielo podrás llevarlos al cielo. Tú mismo debes ir al frente y procurar que te sigan. La razón del fracaso de muchas familias cristianas es que los padres esperan que sus hijos sean mejores que ellos; esperan que sus hijos no amen el mundo y sigan al Señor, mientras que ellos mismos se quedan atrás. Tal expectativa es vana. Es importante que los padres tengan el mismo patrón que los hijos. No puedes fijar un estándar para ellos y no vivirlo por ti mismo. Las normas que tú sigues en las cosas espirituales serán eventualmente el modelo de tus hijos.

Los padres deben estar unánimes

Para que una familia sea sólida, el padre y la madre deben pensar del mismo modo. Por amor a Dios, ellos deben aceptar sacrificar su propia libertad y establecer un patrón mo-

¿Cómo puede el Evangelio ser extendido sobre la tierra si pierdes a aquellos que son tuyos y luego tienes que tratar de recuperarlos del mundo?

ral estricto. Ni el padre ni la madre pueden tener su opinión especial.

A menudo el padre y la madre otorgan a sus hijos una ocasión para el pecado, porque ellos mismos no concuerdan entre sí.

Es difícil para los niños seguir una norma definida si los padres no tienen un mismo parecer. Si el padre dice Sí y la madre dice No (o viceversa), los niños recurrirán en todo a quien es más indulgente. Esto aumentará aún más la brecha entre el padre y la madre.

No provoques a ira a tus hijos

Pablo nos muestra que es de suprema importancia que los padres no provoquen a ira a sus hijos.

1. Utiliza la autoridad con moderación

¿Qué se entiende por provocar a ira a los hijos? Es el uso excesivo de autoridad, dominando a tus hijos con tu superioridad física, financiera, o

cualquier otra. En todo sentido, tú eres más fuerte que tu hijo. Puedes abrumarlo con tu fuerza monetaria si lo amenazas: «Si no me obedeces, no te daré dinero», o: «Si no me escuchas, no te daré comida o ropa».

Puesto que tú lo sustentas, puedes presionarlo retirándole el apoyo financiero. O simplemente le puedes someter por tu fuerza física, o por tu voluntad dominante. Tú lo provocas a ira. Lo oprimes a tal punto que él solo espera el día de liberarse. Cuando llegue ese día, él se dejará fuera toda restricción y reclamará su libertad en todo.

2. Muestra aprecio a tus hijos

Cuando los niños hacen algo bien, los padres deben reconocerlo. Algunos padres solo saben desaprobado y reprender. Esto provoca a los niños fácilmente y desanima a quienes realmente desean comportarse bien. Pablo dice: «*No exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten*» (Col. 3:21). Los niños deben ser alentados cuando les va bien. Ellos necesitan tanto ser recompensados como ser disciplinados; de lo contrario, se frustrarán.

Cría a tus hijos en la disciplina y amonestación del Señor

¿Qué se entiende por la amonestación del Señor? Es instruir en cómo

alguien debe comportarse. Al instruir a tus hijos, debes tratarlos como cristianos y no como incrédulos. El deseo del Señor es que tú guíes a tus hijos para que lleguen a ser creyentes; por lo tanto, debes tratarlos como tales, e instruirlos según las normas de un buen cristiano.

1. Canaliza la ambición de los hijos

La ambición es un gran problema con los hijos. Cada niño tiene sus sueños. Si ellos pudiesen imprimir sus propias tarjetas de presentación, muchos escribirían títulos como: «Futuro Presidente», «Futuro Jefe», o «Futura Reina». Si tú eres un padre mundano, tus hijos pensarán naturalmente en ser un presidente, un millonario o un gran profesional. Sea cual sea tu mundo, esa será la ambición de tus hijos. Por esto, los padres creyentes deben esforzarse en corregir y canalizar la ambición de sus hijos.

Tú debes ser un amante del Señor, no un amante del mundo. Inculca en sus corazones jóvenes la comprensión de que sufrir por el Señor es noble, y ser un mártir es glorioso.

Tú mismo necesitas ser un ejemplo para ellos. Háblales a menudo acerca de cuál es tu aspiración. Diles qué clase de cristiano anhelas ser. De

esta manera puedes dirigir su ambición hacia aquello que es noble y glorioso.

2. No estimules el orgullo de tus hijos

Además de la ambición exterior, los hijos también tienen problemas con el orgullo interior. Les gusta jactarse de su inteligencia, talento y elocuencia. Un niño puede hallar muchas cosas de las cuales presumir, imaginándose a sí mismo ser alguien muy especial. Los padres no deben reprimir a sus hijos, pero tampoco alimentar su orgullo.

Muchos padres de familia educan a sus hijos de manera errada, estimulando su vanidad. Cuando las personas elogian a tu hijo delante de él, debes decirle que hay muchos otros niños como él en el mundo. No alientes su orgullo, sino instrúyelo de acuerdo con la disciplina y amonestación del Señor. No dejes que pierda su autoestima, pero tampoco le permitas ser orgulloso. No debes dañar su autoestima, pero debes mostrarle cuándo se ha sobrevalorado a sí mismo.

A veces los jóvenes requieren de diez a veinte años de trato social antes de ser eficientes en el mundo laboral. Esto es una pérdida de tiempo precioso, y todo porque en el

hogar fueron tan orgullosos e indolgentes que luego no pueden humillarse lo suficiente para desempeñar bien cualquier trabajo.

3. Enseña a los niños a elegir

Es bueno dar a los niños la oportunidad de tomar decisiones cuando son todavía jóvenes. No tomes siempre decisiones por ellos en todo. Si haces eso, no sabrán cómo elegir por sí mismos. Por lo tanto, al criarlos, dales oportunidades de escoger. Permíteles expresar lo que les gusta o lo que les desagrada. Muéstrales si lo que ellos aprueban es lo correcto o no. Ayúdales a decidir acertadamente.

A algunos niños les gusta vestirse de un color, otros prefieren otro. Dales ocasión de escoger. Si no tienen este ejercicio no estarán aptos, cuando llegue la edad de casarse, para dirigir sus familias. Dales tanta ocasión como sea posible y también debes instruirlos acerca de su elección.

Conduce a tus hijos al Señor

Una manera de guiar a los niños al Señor es un culto doméstico efectivo. En el Antiguo Testamento, la tienda y el altar estaban unidos. En otras palabras, el hogar y la consagración están conectados; la oración de la familia unida y leer la Biblia en conjunto son indispensables.

1. Practiquen un culto familiar al nivel de los hijos

Algunos así llamados *cultos familiares* son un fracaso, ya sea porque son muy largos o muy profundos. Los niños están presentes sin entender nada. No apruebo a las familias que nos invitan a predicar profundas verdades con los niños sentados allí.

A veces una reunión familiar se prolonga durante una hora o dos para considerar una verdad muy profunda. Esto es realmente un suplicio para los niños. Y a veces los padres no son sensibles a ello.

En una reunión hogareña, los niños deben ser la primera consideración. Esta reunión no es para ti, porque tú puedes adorar en la asamblea de iglesia. Nunca eleves el nivel en el culto familiar. Todo lo que se hace en conjunto en el hogar debe adaptarse al nivel de los niños y ser el más adecuado a su necesidad.

2. Guía a tus hijos al arrepentimiento

Necesitas mostrar a tus hijos lo que es el pecado. Observa si ellos están arrepentidos. Llévalos al Señor. Cuando llegue el momento, ayúdales a aceptar al Señor en forma decidida. Luego, guíalos para que puedan participar en la vida de iglesia. De esta forma los conducirás al conocimiento real de Dios.

Disciplina con sabiduría

Si los niños hacen lo malo, deben ser disciplinados. No castigar a un hijo es un error.

1. Usa la vara cuando sea necesario

Los niños deben ser corregidos. «*El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige*» (Prov. 13:24). Esta es la sabiduría de Salomón. Los padres deben aprender a usar la vara, porque es necesario.

2. Castiga con justicia

Sin embargo, la disciplina debe aplicarse con justicia. Nunca castigues

a tu hijo porque has perdido la paciencia o cuando estás de mal humor. Si castigas con ira, tú mismo estás mal. En ese momento no estás calificado para disciplinar a tu hijo. Primero necesitas aplacar tu ira delante de Dios.

3. Muestra a los hijos su falta

En algunos casos, el azote es necesario. Pero debes advertir a tu hijo por qué él lo merece. Sin duda, él necesita la disciplina, pero también necesita que se le muestre su falta. Cada vez que castigues a tu hijo, debes señalarle cuál fue su error.

Traducido de *Spiritual Exercise*, cap. 34.

Una invitación

El capataz de ciertas obras había oído el evangelio muchas veces, pero vacilaba en aceptar a Cristo. Un día su jefe, que era creyente, le dejó una nota diciendo: "Ven a mi casa cuando termines tu trabajo". Así lo hizo el capataz. Al llamar a la puerta, su jefe salió y le dijo: "¿Por qué me vienes a molestar a esta hora?". "Señor", contestó el capataz, "recibí su nota diciéndome que viniera". "¿Quieres decir que solo por recibir una nota mía invitándote, puedes venir y hacerme salir a atenderte". "Realmente, señor", respondió el capataz, "no comprendo, pero creo que, ya que usted me llamó, yo debería obedecer". "Pues entra, entonces, aquí tengo otra invitación para ti". Y le leyó estas palabras: «*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*». Y agregó: "¿Piensas tú que, después de recibir este mensaje de Cristo mismo, te equivocarás si acudes a él?".

Entonces el hombre entendió, y creyó en el Señor Jesús, porque vio que tenía una buena garantía para creer. Así tú, pobre alma, tienes la mejor autoridad para creer y por fe acudir a Cristo, porque el Señor mismo te llama a confiar en él.

Spurgeon, *Totalmente por Gracia*

Un movimiento que representa en nuestros días un desafío mayor a los creyentes.

El nuevo ateísmo

Ricardo Bravo

En su libro *Impacto de la Filosofía Evolutiva en la sociedad*, Roger Dickson (1996) nos advierte que dos libros escritos por Darwin (*Origen de las Especies*, 1859 y *El Ascenso del hombre*, 1871) afectaron drásticamente el pensamiento de la sociedad humana, y con ello nuestras vidas.

Partiendo por Europa, donde surge la filosofía evolutiva sistematizada, estos libros habrían tenido cuatro efectos muy importantes en la sociedad europea: a) un cambio en el pensamiento humano hacia la religión; b) un cambio hacia la Biblia; c) un cambio hacia la filosofía; y d) un cambio hacia lo que significa el Hombre.

Todo surgiría por medio de la selección natural, los animales, los vegetales, el ser humano, y luego el evolucionismo se aplicaría también al origen de los planetas, de las galaxias y del universo entero. La consecuencia fundamental de todos estos cambios es que Dios se queda afuera.

Luego, esta cosmovisión naturalista de la vida se iría trasladando al resto del mundo, hasta llegar a constituirse en el paradigma fundamental de los sistemas de enseñanza mundial, de la investigación científica, de la sociedad global e incluso, de parte importante de las religiones, las que se dejan influenciar por la corriente secularista aceptando el evolucionismo darwiniano como un hecho.

Pero la cosmovisión naturalista atea respecto a los orígenes de todo, ya no solo se ocupa de enseñar urbi et orbi sus fundamentos erróneos, sino que parte importante de su discurso está destinado a atacar al pensamiento religioso, especialmente a la fe cristiana y a la Biblia. Aquí estamos en presencia de un nuevo ateísmo.

El nuevo ateísmo y el dogma del científicismo

El nuevo ateísmo es un movimiento que representa un desafío mayor a

los seguidores de la fe cristiana, respecto al planteado por los movimientos ateos de tiempos pasados (Mohler, 2008). Por un lado está la mayor agresividad de sus seguidores en contra del cristianismo y por otro, el ensalzar al método científico como único baluarte de la verdad y con poderes casi ilimitados. Esto último deforma a la actividad científica en un dogma fundamentalista todopoderoso, conocido como científicismo.

Los más expuestos a este movimiento son los estudiantes, especialmente los involucrados en las ciencias. Ellos han sido intelectualmente convulsionados y confundidos sobre la naturaleza de la ciencia y la fe. Les han introducido la idea de que la ciencia es antagónica a la fe Cristiana y por lo tanto, lo que se debe hacer es eliminar la fe, para poder reconocer y entender ciencia, la que sería la única dueña de la verdad.

En una reciente publicación (2016), los autores Kaden y Schmidt-Lux definen científicismo muy claramente. Dicen que «el científicismo es un concepto que considera a la ciencia como el principio fundamental de cualquier pensamiento y acción, dado que la ciencia habría demostrado su superioridad respecto a cualquier otra forma de razonamiento político, filosófico o tradicional.

Esto implica la creencia total en el poder de la razón humana, y la percepción del mundo como cambiables y ordenables por el hombre». Adicionalmente, el científicismo se dirige siempre contra cualquier religión, particularmente contra las creencias cristianas, las cuales pretende suprimir y reemplazar. Desde esta perspectiva, el científicismo asegura que la ciencia no es sólo responsable de las partes empíricamente observables del mundo, sino que debe controlar también a aquellas que pertenecen al mundo de la fe.

El Nuevo ateísmo está liderado por divulgadores científicos tales como Richard Dawkins y por filósofos como Daniel Dennet. Es un fenómeno que está abriendo un nuevo campo de investigación en las ciencias sociales (Quack 2014; Wohlrab-Sahr and Kaden 2014).

Concertación global contra Dios y contra Cristo

"¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas" (Sal. 2:1-3).

La cita previa pertenece a un Salmo mesiánico atribuido al rey David (He-

chos 4:25), escrito hace unos tres mil años atrás, y predice la rebeldía, conspiración y levantamiento contra el Señor, de quienes están puestos en eminencia, y que luego son seguidos por pueblos y naciones.

Si bien la rebeldía del hombre contra Dios ha ocurrido a lo largo de toda la historia en mayor o menor grado, uno de los cumplimientos más completos de lo anunciado en el Salmo 2 ocurrió hace unos dos mil años, como leemos en Hechos: *"Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, al cual ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel"* (4:27).

Pero hubo también amotinamiento y rebelión contra el Señor varios siglos antes de que se denunciase la rebelión contra Dios en el Salmo 2, poco tiempo después del Diluvio. *"Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra"* (Gén. 11:4).

Los instigadores de aquél motín estaban generando un proyecto de sociedad común, una ideología de vida con valores y principios lejos de los establecidos por Dios y su Palabra. Una rebelión abierta contra el Señor, cortando sus cuerdas y lazos que les ataban a los preceptos divinos, y

constituyéndose ellos como dioses. Eso significaba el «hacerse un nombre», ponerse ellos la corona de Dios.

En la actualidad, las bases filosóficas de las más importantes organizaciones mundiales como la ONU, la Comunidad Económica Europea y las más grandes naciones del planeta, están desafiando, menospreciando y anulando los fundamentos bíblicos, cortando todo lazo con los valores cristianos, y estableciendo normativas valóricas, éticas y morales en función del humanismo, del naturalismo y del nuevo ateísmo, donde la vida de quien está por nacer vale lo mismo que un artículo de consumo desechable, donde el matrimonio significa cualquier cosa, menos un lazo fundamental e indisoluble establecido por Dios, donde la sexualidad humana es transformada en un artificio social y de conductas aprendidas, ignorando completamente la biología, que a través de la genética y los controles endocrinos (hormonas) definen al hombre y la mujer.

Nada nuevo hay bajo el sol, y lamentablemente la historia vuelve a repetirse. En enero del presente año, se ha producido una nueva rebelión de orden mundial contra el Señor y su Evangelio, esta vez teniendo como base al nuevo ateísmo, al naturalismo y al cientificismo.

Cuando los hombres y mujeres rechazan a Dios y a su Palabra, es fundamentalmente porque atienden a la voz satánica que aún perdura: “Seréis como Dios”.

¿Qué especie queremos ser?

En enero de 2019, se llevó a cabo en Chile uno de los más importantes congresos de ciencia del mundo. Fueron siete días, 110 científicos conferencistas nacionales e internacionales, y una media docena de premios Nobel. Los videos promocionales anunciaban que se congregarían las mentes más brillantes del planeta. Por cierto que ya el nombre del congreso era muy sugerente, «**Qué especie queremos ser**», el cual habla del endiosamiento humano, capaz de moldear al hombre a su voluntad.

Sin duda que algunos científicos deseaban mostrar los resultados de sus estudios y las proyecciones que estos podrían tener, pero lo cierto es que lo que más se escuchó no fue precisamente esto sino más bien cientificismo y evolucionismo, traducido en ataques en contra de la fe de creyentes cristianos, señalando que

Dios no existe, que a la religión se le acabo su tiempo y que el ser humano es dios.

De hecho, el presidente del Congreso, uno de los más entrevistados en programas especiales de diversos canales de TV, señalaba que no más allá del 2045 el ser humano será inmortal y que dejaremos la Tierra, que ya está muy dañada, para ir a vivir en alguna parte del universo. En una de las entrevistas se afirmaba enfáticamente que el paraíso prometido por la religión, la vida eterna y la felicidad, serán entregadas por la ciencia y la tecnología porque, agregaba, la religión fracasó con estas promesas.

El secularismo académico, con base atea naturalista, se adueñó primero de las explicaciones que da el Génesis bíblico sobre los orígenes, y hoy en todo el mundo, desde la enseñanza básica hasta los doctorados se enseña que el universo se originó por evolución, y la Tierra, la vida y el ser humano también. Sin embargo, ahora están llegando demasiado lejos. El secularismo se está apropiando de las promesas del Evangelio, relativas a inmortalidad, a eternidad, y la morada en los cielos, que fue a preparar el Señor.

Son muchas las cosas vanas y sin sentido que promueven los que se amo-

tinan y levantan contra Dios y su Hijo Jesucristo, y es evidente que el actual escenario nos muestra que estamos ante un desafío mayor para la iglesia cristiana actual. No podemos olvidar que este discurso ateo, el cual usa a la ciencia como embajadora, está ganando cada vez más adeptos en Chile, sobre todo en jóvenes, donde los datos señalan que el secularismo en nuestro país ya está cerca del 40%.

El zoólogo Richard Dawkins fue muy exaltado en ese Congreso, no tanto como divulgador de teorías científicas sino como el ateo más notable de hoy. Él, tanto en las entrevistas como en sus ponencias, mostró un ataque abierto hacia la religión, lanzando sus dardos principalmente en contra de la fe cristiana.

El nuevo ateísmo ataca a la fe cristiana y la ve como absolutamente incompatible con la ciencia, ignorando de una plumada el enorme desarrollo de la ciencia desde el siglo XVI hasta aquí, obtenido precisamente por científicos cristianos, desde una cosmovisión no atea sino creyente en un Dios Creador Todopoderoso.

Esta cosmovisión de científicos cristianos permitía además encontrar propósito y sentido a lo investigado, encontrando respuesta a las grandes preguntas acerca de la vida. Por lo tanto la relación entre ciencia y fe

establecida por aquellos científicos creyentes no solo era fructífera en los avances físicos, químicos, biológicos, entre otros, sino que también traía paz al espíritu del investigador, al poner sus resultados en un contexto de un universo y de vida creados con propósito.

El ateísmo científico avanza y obtiene algunos logros parciales, pero al sustentarse en una base puramente materialista y naturalista, no puede hallar el camino hacia aquellas investigaciones que le llevarían finalmente al conocimiento verdadero.

El ateísmo científico al dejar lo sobrenatural de lado, es metodológicamente reduccionista y filosóficamente frustrante, porque no le encuentra sentido ni propósito a la vida, a la naturaleza, a la inmensidad del cosmos con sus miles de millones de galaxias. ¿Por qué?, ¿Para qué?, son las preguntas que golpean una y otra vez su entenebrecida conciencia.

La academia secular en la era de la posverdad, ha determinado que la ciencia es una disciplina autosuficiente y completa, y por tanto el único camino a la verdad. Y parafraseando el concepto de «Sola Escritura» de la Reforma Protestante, se ha acuñado el concepto de «Sola Scientia» (solo la ciencia) (Broché, 2017).

El avance del imperio anticristiano

En todas estas rebeliones subyacen varias motivaciones, tales como la desobediencia, la soberbia, y la incredulidad. Sobre todo ello se manifiesta la semilla satánica: «Seréis como Dios», con la que fueron envenenados espiritualmente nuestros primeros padres.

En efecto, la frase el «hombre es dios» se oyó varias veces en el congreso citado, haciendo alusión al libro de Harari denominado *Homo Deus* (2016), en el que se señala que la ciencia y la tecnología controlarán desde ahora la evolución, haciendo al ser humano perfecto e inmortal, convirtiéndolo en dios.

Cuando los hombres y mujeres rechazan a Dios y a su Palabra, es fundamentalmente porque atienden a la voz satánica que aún perdura: «Seréis como Dios». El orgullo y la soberbia humana constituyen la raíz de las corrientes filosóficas que dominan el pensamiento humano en la actualidad; el naturalismo, el evolucionismo y el cientificismo.

La lucha del creyente cristiano contra estas corrientes es cada vez más difícil, en un mundo que se hace más y más oscuro. Por ello las Escrituras nos instan a contender ardientemente por la fe (Jud. 1:3), practican-

do la defensa y confirmación de la fe (Flp. 1:7), ante el creciente aumento del imperio anticristiano en el mundo, sabiendo que las armas de nuestra contienda no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas; destruyendo especulaciones y todo razonamiento altivo que se levanta contra el conocimiento de Dios (2 Cor. 10:4-5).

Literatura citada

1. Dickson R. 1996. *The Impact of Evolutionary Philosophy on Society*. Alabama: Apologetics Press.
2. Mohler A. 2008. *Atheism Remix: A Christian confronts the New Atheists*. 108 pág. Crossway Books Eds.
3. Kaden T. and T. Schmidt-Lux. 2016. *Scientism and atheism then and now: the role of science in the Monist and New Atheist writings*. Culture and Religion.
4. Quack, Johannes. 2014. *Outline of a Relational Approach to 'Nonreligion'*. Method & Theory in the Study of Religion 26 (4-5): 439-469.
5. Wohlrab-Sahr M., and T. Kaden. 2014. *Exploring the Non-Religious: Societal Norms, Attitudes and Identities, Arenas of Conflict*. Archives de Sciences Sociales des Religions 167:105-125.
6. Broché B. 2017. *La Genèse Sola Scriptura ou Sola Scientia?* Les Editions l'Oasis. 174 páginas.
7. Harari Y. N. 2016. *Homo Deus: Breve Historia del Mañana*. Editorial Debate. 496 páginas.

Cartas de nuestros lectores

Centralidad de Cristo

No podemos medir la riqueza espiritual con que nos ha bendecido el Señor mediante la fidelidad de este ministerio. De-seamos animarles a seguir adelante. Continúen expandiendo la verdad de la Palabra de Dios. Que la centralidad de Cristo sea una realidad palpable en cada reunión local a la que llega Aguas Vivas.

Julio Avalos (Cuba).

Un ojo y una voz

La revista es una voz que no solo trae una enseñanza verdadera, sino que es una voz profética en este tiempo. Por medio de ella, la iglesia es alineada al propósito de su eterna vocación. En cada edición hay una recuperación del diseño y los pensamientos del Señor. Es una voz que interpreta; es un ojo y una voz para la iglesia.

Yoel Morejón (Cuba).

Motivo de inspiración

Sigo Aguas Vivas desde los primeros números gracias a uno de los buenos usos que se le puede dar a internet. No saben la satisfacción que me dio cuando publicaron una pequeña nota que mandé una vez y salió publicada en las cartas de lectores. Quisiera decirles que siempre son motivo de inspiración. Me tomé el tiem-

po de bajar cada uno de los números en formato PDF. Sigán adelante. Cuentan con mis oraciones y las de los míos. Que Dios les siga bendiciendo.

Samuel Artaza (Argentina).

Un oasis

Recibimos fielmente la revista. Siempre que llega a nuestras manos produce gran alegría. Ciertamente es el Señor hablando por medio de sus siervos a la iglesia. Es algo maravilloso que no podemos dejar de agradecer. Ella ha significado un oasis en el desierto en estos tiempos donde tantos adulteran la palabra de Dios. Vemos los cielos abiertos y la verdad de las Escrituras a través de la explicación sencilla pero profunda. Dios les supla abundantemente según sus riquezas en Cristo.

Angela y Karel (Cuba).

Crecimiento espiritual

La revista me ha servido para edificación. Muchas veces me he sentido con necesidad de consuelo o de un consejo. He ido a ella, y ahí ha estado la respuesta, sobre todo para el crecimiento espiritual. Gracias por este ministerio que tanta falta hace a este mundo caído, donde el pecado está tan acrecentado. Un abrazo santo y que Dios los bendiga.

Lourdes Carvajal (Cuba).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

N° 94 · Mayo a Agosto 2019.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.